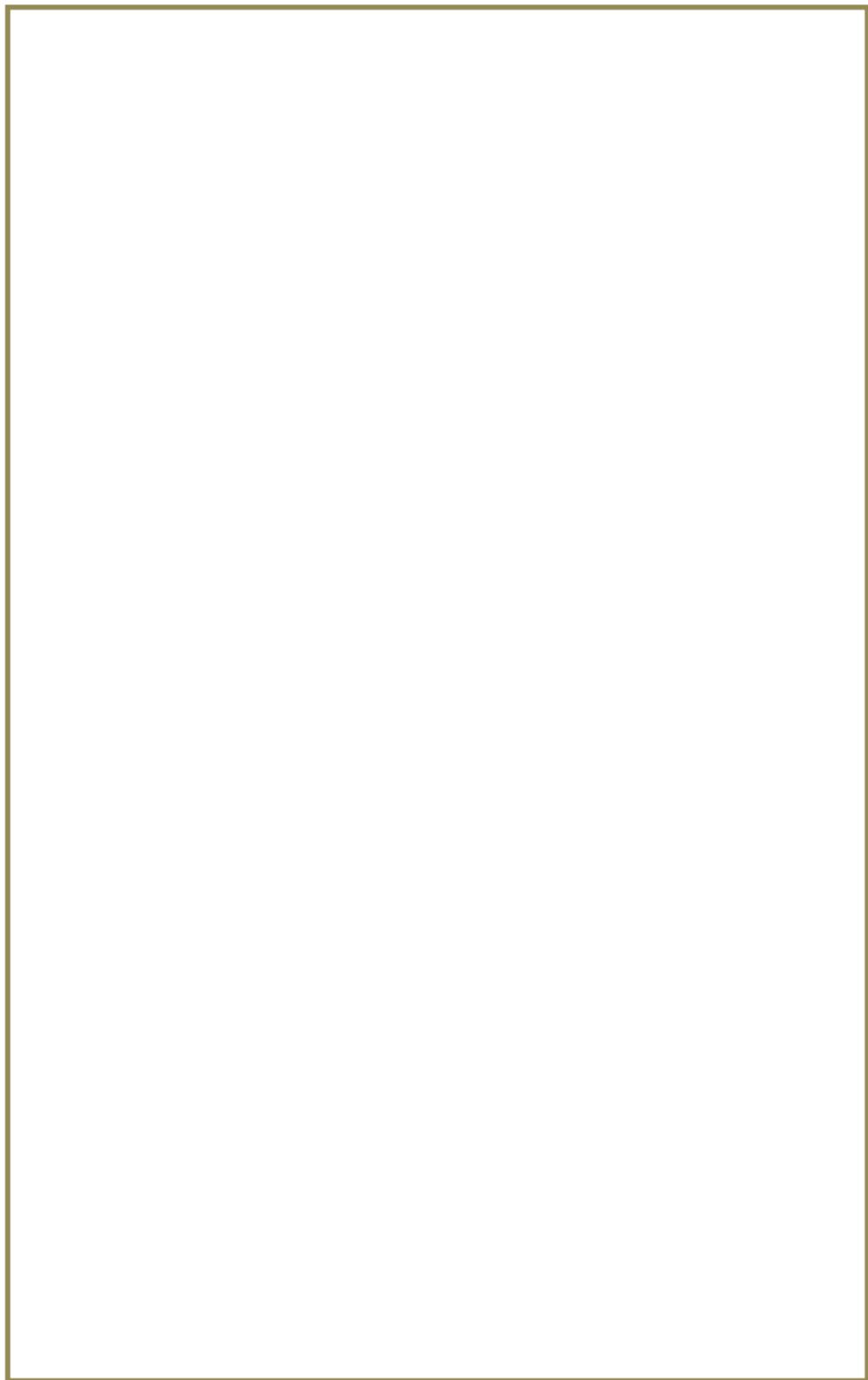


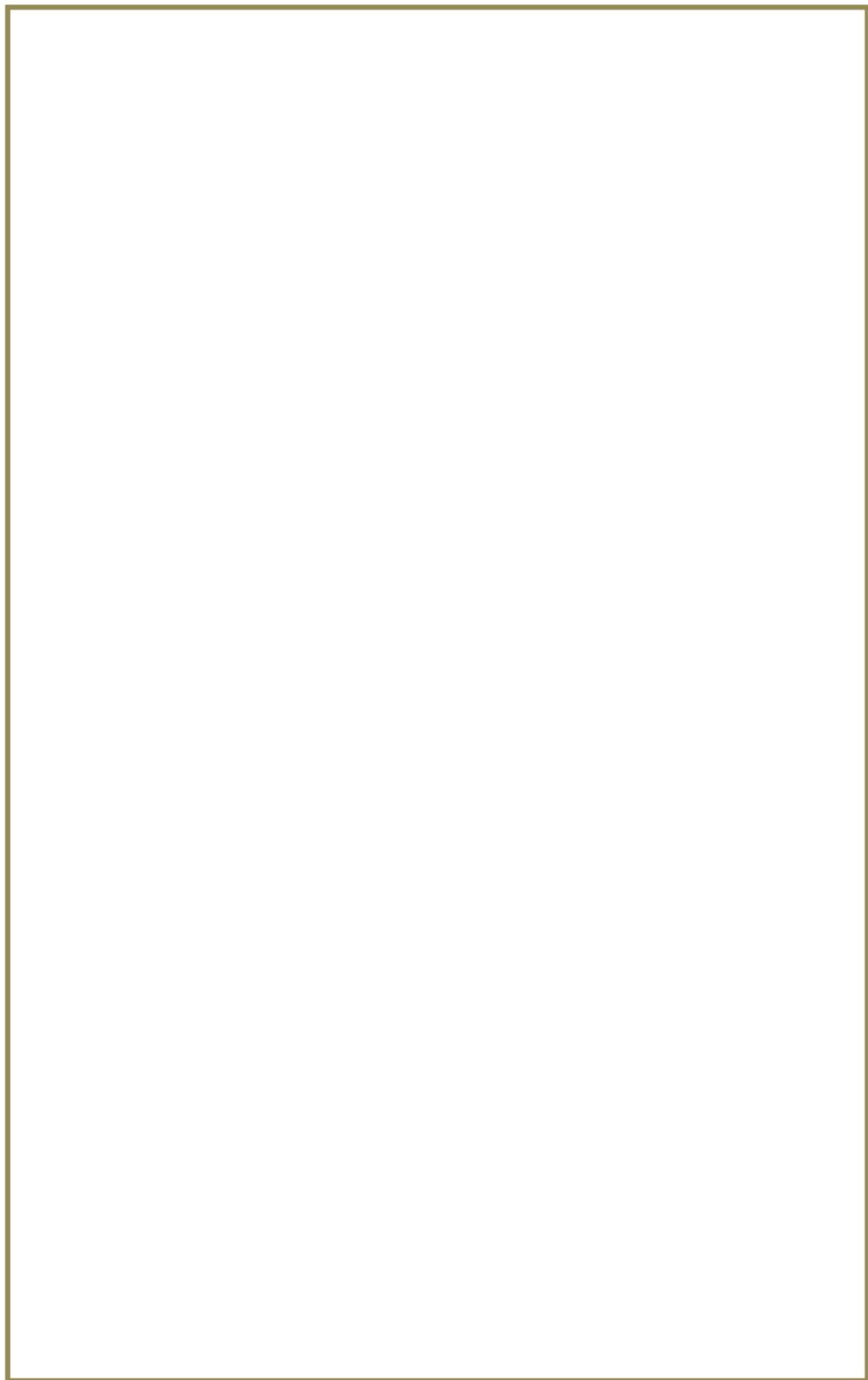
MEMORIAS DE LA CENIZA

MEMORIAS DE LA CENIZA

JUSTO PASTOR MELLADO (ED.)

Justo Pastor Mellado
(Editor)





Memorias de la Ceniza

Perseo Ediciones

Memorias de la Ceniza

© Justo Pastor Mellado (Editor)

© Perseo Ediciones.

Se permite (y se solicita) la reproducción
parcial y total de este libro

Diseño: Erick Fuentes Góngora

Impresión: Andros Impresores (Santiago de Chile).

Perseo Ediciones.

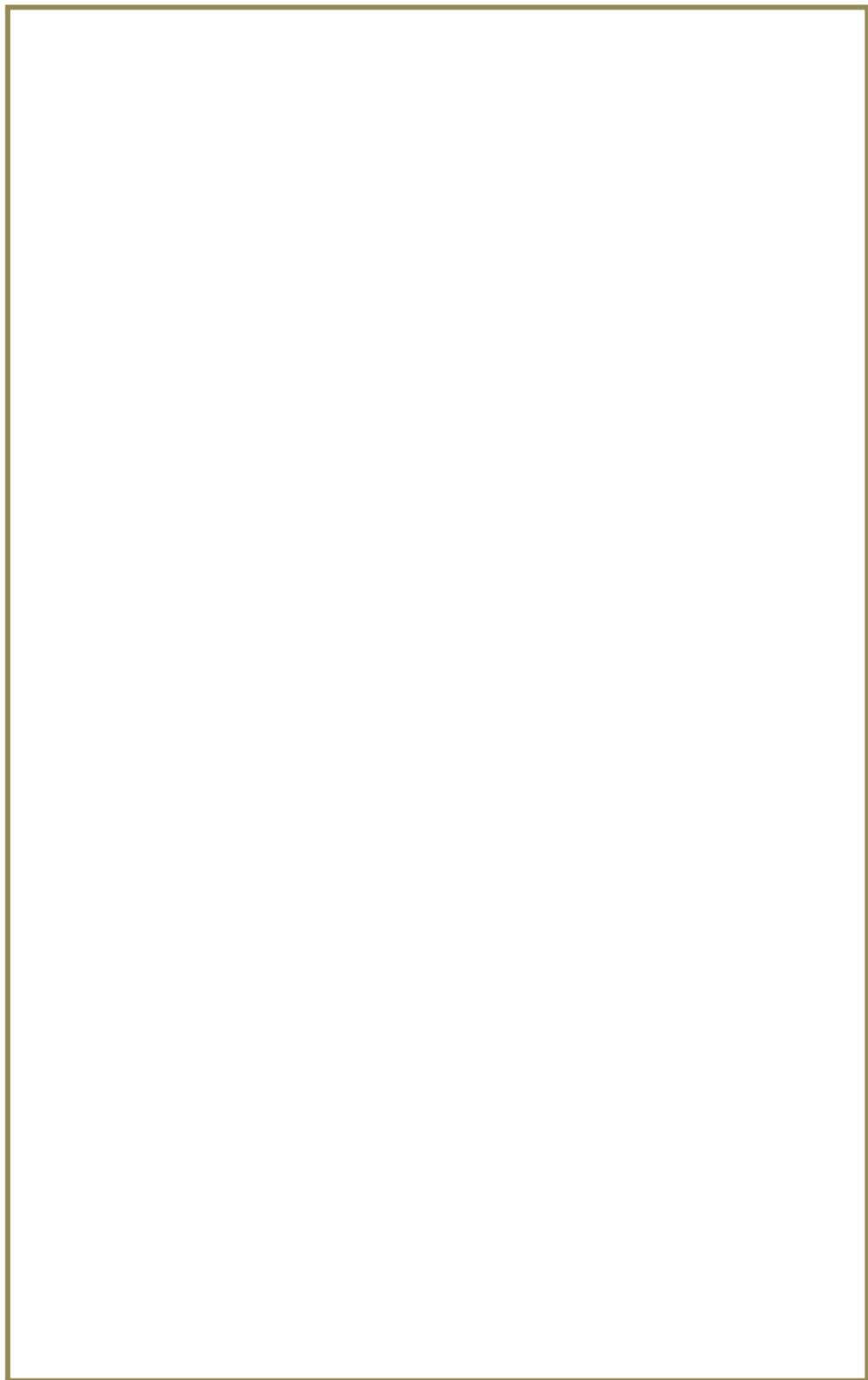
Valparaíso, Julio 2014.

Memorias de la Ceniza

Justo Pastor Mellado
(Editor)

Sergio Grez
Sebastián Sepúlveda
Ibán de Rementería
Jun Luis Moraga
Justo Pastor Mellado
Agustín Squella
Luciano San Martín
Gonzalo Undurraga
Alberto Texido
Pablo Andueza
Pedro Donoso
Pablo Aravena
Marcelo Mellado
Marcela Soto
Andrea Avendaño
Manuel Jofré
Raúl Allard
Carolina Andaur
Ramón Latorre
Carlos García

Perseo Ediciones

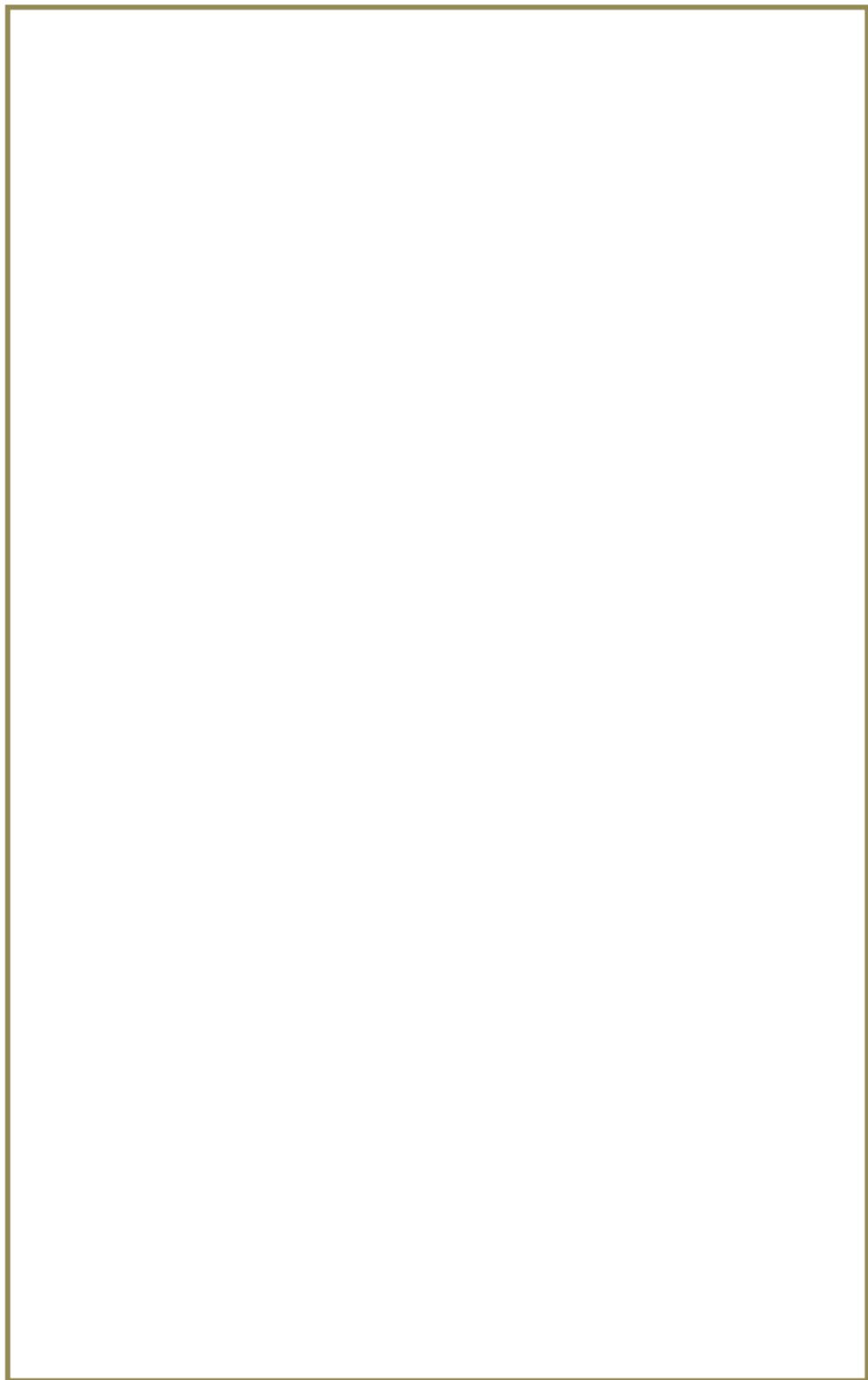


Índice

Prefacio	11
La tragedia de Valparaíso. Causas profundas y reacción ciudadana <i>Sergio Grez</i>	19
Lo sabíamos pero no hicimos nada: Cultura y clientelismo porteño <i>Sebastián Sepúlveda</i>	31
Vivir peligrosamente Valparaíso <i>Iban de Rementería</i>	39
Jardín <i>Juan Luis Moraga</i>	45
La ciudad de arriba y la ciudad de abajo <i>Justo Pastor Mellado</i>	51
Valparaísos <i>Agustín Squella</i>	55
Memoria de las Cenizas <i>Luciano San Martín</i>	59

El desliz imperial <i>Gonzalo Undurraga</i>	65
Valparaíso indeterminado: entre la tierra caliente y la neblina teórica <i>Alberto Texido</i>	71
La gestión urbana y del riesgo en la economía de Valparaíso <i>Pablo Andueza</i>	75
Una imagen del desastre <i>Pedro Donoso</i>	83
El incendio que vivimos, los pobres que vimos <i>Pablo Aravena</i>	89
No me ayude tanto compadre <i>Marcelo Mellado</i>	95
El incendio a escala infraestructural <i>Marcela Soto</i>	103
Dibujar lo invisible <i>Andrea Avendaño</i>	109
Todos los fuegos el fuego <i>Manuel Jofré</i>	113

“Fuerza Valparaíso”: Tragedias compartidas, Universidad y Ciudad <i>Raúl Allard</i>	121
De las cenizas al ímpetu. Juventud en tiempo de emergencia <i>Carolina Andaur</i>	129
Después del humo correr el cerco <i>Ramón Latorre / Carlos García</i>	133
Postfacio	139



Prefacio

Pablo Aravena, director de Perseo Ediciones me solicitó tomar a cargo la edición de un libro que contuviera una batería de escritos de personalidades locales que han estado comprometidas directa o indirectamente con la Emergencia. Entonces, escribí unas líneas para invitar a una lista de autores que elegimos de común acuerdo, siguiendo el criterio de unas complejas complicidades analíticas.

Partí del reconocimiento que existe en la ciudad una masa crítica significativa que en diversas ocasiones se ha manifestado, anticipando peligros y haciendo propuestas de renovación urbana que no han sido escuchadas por la autoridad política. Han sido, en verdad, más que propuestas de renovación urbana, la memoria anticipada de un sistema de vida que fue calcinado. Nos dimos a la tarea de proporcionar indicios discursivos de esta situación elaborando al mismo tiempo una hipótesis acerca de la ruptura entre Saber y Poder, en la región.

No es difícil hablar de los términos en que se forjó esta ruptura. La existencia de esta masa crítica excede la capacidad de recepción de la Autoridad. Hago uso de este eufemismo, para no tener que entrar en materia polémica de modo directo. La solicitud a los autores promovía la manifestación de sus puntos de vis-

ta, escritos en la urgencia, ante los acontecimientos que nos planteaba, tanto la respuesta inmediata a la tragedia, como las perspectivas de recomposición del tejido social en la zona siniestrada.

Esta es una batalla de las palabras. Luego de ocurrido el incendio, el léxico local fue ocupado por el vertiginoso emerger de nociones de sobrevivencia. Conjuntos de palabras tales como “zonas de riesgo”, “recomposición barrial”, “amortiguación cultural”, “patrimonialización fallida”, “tejido social”, “avería simbólica”, por mencionar algunas, poblaron las páginas de los medios y de los informes de terreno para señalar la existencia de una fuerza enunciativa que estaba dispuesta a no sucumbir ante el intento de la Autoridad por re-acomodar en su provecho lo que ya se sabía y que ésta había omitido de manera expresa. De modo que los textos solicitados tendrían el valor indicativo de señalar las dimensiones de la ineptitud analítica, de la in-habilidad operativa y de la indolencia criminal de una in-cierta política local, asumiendo el riesgo de deslizarnos en la buena consciencia de un auto-complacido maniqueísmo. Me refiero a que esta masa crítica, en Valparaíso, no solo había advertido la inminencia de una tragedia de proporciones, sino que había propuesto estrategias políticas y culturales para enfrentar diversos tipos de emergencia.

Si hablamos de zonas de riesgo, la primera que hemos considerado con Pablo Aravena, ha sido la que

debe asumir la teoría local para poner en situación de lectura una escena caracterizada por la ruptura entre Saber y Poder. La recepción de las contribuciones nos ha hecho modificar la idea positiva que teníamos de la existencia de esta masa crítica, para pasar a pensar que existe, realmente, algo así como una teoría local consolidada. Lo cual remite pensar que se ha desarrollado, de manera inorgánica, pero persistente, un movimiento de ideas cuya mayor virtud ha sido recuperar el antiguo impulso narrativo del análisis-objetivo-de-la-situación-concreta.

Existe, en efecto, un corpus implícito de teoría local sobre las condiciones históricas y simbólicas del poblamiento de Valparaíso. Y no solo del que se describe bajo el imperativo de la precarización, sino del que da curso a una cultura determinada de la habitabilidad porteña. Es todo un modo de vida el que ha sido afectado por el incendio. Respecto de ese modo, la teoría local ya se había manifestado en múltiples ocasiones y sin embargo no había sido suficientemente escuchada por la clase política local. Pero tampoco hemos pensado por qué los forjadores de esta teoría local no construyeron las condiciones de su recepción.

Lo que advertimos con el incendio es que esa ruptura entre el in-poder del discurso crítico y el poder de la omisión se había deslocalizado, permitiendo la visibilidad extrema de unas narrativas en que el lugar se vuelve, más que nunca, deseo de lugar en la Teoría. Me-

por dicho, en deseo de casa. Porque de inmediato, el reconocimiento de un grado cero de escritura se manifestó en contra de una cierta política de las sombras.

No pocos han pensado en forma legítima en Hiroshima y en Pompeya, sin poner atención en la gravedad que reviste la estetización de una información visual banalizada por la espectacularización de los Medios. De hecho, el incendio coincide con la realización de una gran exposición en España sobre las ruinas de Pompeya. Si pensáramos responsablemente en las relaciones entre arte y catástrofe entenderíamos que solo se puede exponer objetos reunificados, o bien, moldes de las ruinas del cuerpo. Pero en Valparaíso, los cuerpos son arruinados por defección, por des-afectación, del (propio) Estado que hace lo propio de su permanencia como un amenazante y punitivo administrador de riesgo.

Si judicializáramos las relaciones políticas tendríamos, probablemente, que entablar muchos juicios por flagrante abandono de deberes. Perfectamente, podríamos ensayar la viabilidad de que las responsabilidades políticas pudieran convertirse en responsabilidad penal. En este punto aparece la operación de blindaje como una modalidad extrema del ejercicio de encubrimiento y dislocación de responsabilidades, promoviendo empresas de blanqueo diversificadas de gran eficacia. El trabajo de la crítica reside en limpiar los escombros del discurso

paranoico y montar estructuras conceptuales de emergencia, para enfrentar la ansiedad de la contingencia en la primera línea y pensar al mismo tiempo en el largo plazo. Por eso, esta devastación no está del lado de Pompeya, sino que está más cerca de Hiroshima. Pero no sabríamos competir con las huellas del dolor de esas sombras. Esta será otra polémica, sobre las condiciones de lo irrepresentable. Y de lo política impresentable frente a lo que tenemos por delante; es decir, barrios muertos. Y en medio, unas escaleras de cemento, a cuyos costados hay solo cenizas.

Esa escalera, que está en cualquiera de los cerros, repetida, repetible, es la que señala la distinción entre las zonas de riesgo y las zonas de la omisión de las palabras. Sabiendo todos, que no hay tal distinción y que todo, absolutamente todo, es zona de riesgo.

Es por esta razón que la política que delimitamos como zona siniestrada del discurso, encubre la prevención de su propia falta como política y se reconoce de manera reactiva en la administración de los desastres, siendo por sí misma, un desastre analítico que arrastra el efecto de sus lecturas fallidas. El presente fue calcinado por las retóricas de la administración territorial, definidas por las astucias del manejo de poblaciones vulnerables, en la medida de lo posible.

Es preciso regresar a la ceniza. Es preciso regresar a la foto de la sombra de una escalera quemada,

porque en una ciudad incendiada no quedan más que las sombras de las cosas. Polvo y humo.

En esta batalla de las palabras, la sombra se ubica siempre en la retaguardia de las políticas de la memoria. El “techo”, en cambio, se instala sobre una memoria de la calcinación. Ese es el futuro: la urgencia de instalar un simulacro (de casa) para sostener el deseo de conocimiento. Es así como palpita la urgencia del regreso del deseo, en cuanto síntoma silenciado del movimiento social. Por eso, no pocos damnificados han decidido instalarse sobre un terreno ganado a las cenizas, sobre los residuos del pasado inmediato, que es donde surge “el pasado de la repetición como diferencia” (Deleuze).

¿Cuál era ese pasado? Hay diferentes pasados declinables. Hay presentes que repiten como parodia el montaje de otras catástrofes. Esa es la repetición de la política que ya había sido advertida. Entonces, no nos quedaba más que hacer (e)vidente la pertinencia de los relatos en la Emergencia misma. Estamos, todavía, en estado de emergencia. En la teoría local, vivimos en estado de emergencia. Por eso, trabajamos la hipótesis de la urgencia de una memoria acosada por la inmediatez y la esperanza de una consistente “contemporaneidad anticipada” (Bloch).

Justo Pastor Mellado

Editor

La tragedia de Valparaíso

Causas profundas y reacción ciudadana

Sergio Grez*

El gigantesco incendio del sábado 12 de abril de 2014 que arrasó barrios enteros en algunos de los cerros más pobres de Valparaíso y, sobre todo, sus terribles consecuencias para la población más desvalida, tiene como causas estructurales la pobreza, la gigantesca desigualdad social imperante en Chile, el capitalismo dependiente, el modelo neoliberal y el desinterés real de quienes han gobernado el país durante las últimas cuatro décadas por disminuir la desigualdad social y por adoptar medidas eficaces que reviertan la profunda decadencia en que se encuentra el otrora principal puerto del país.

Valparaíso, ciudad que siempre ha abrigado una población mayoritariamente pobre, ha visto acentuar su pobreza en las últimas décadas. Su base productiva fue destruida por la dictadura: la desindustrialización, además de la posterior modernización y privatización del puerto, junto al conjunto de transformaciones neoliberales, acarrearón terribles secuelas de cesantía, trabajo precario, miseria, delincuencia y destrucción de su tejido

* Historiador, académico de la Universidad de Chile. E-mail: sergio-greztoso@gmail.com

social¹. Gran parte de los porteños vive en condiciones de extrema fragilidad económica, social y cultural. Muchos son los indicadores que lo reflejan de manera irrefutable. A modo de ejemplo, basta recordar que el 22,6% de sus habitantes es considerado pobre; el 7,76% es indigente; el 71% de los trabajadores no tiene contrato laboral; el 80% de los jefes de hogar no accedió a la educación superior; el 71,4% de los egresados de la educación municipal no alcanza los 450 puntos en la Prueba de Selección Universitaria (PSU) y el 75% de las personas se atiende en los centros de salud primaria y en el único hospital público de que dispone la ciudad. Valparaíso es la capital regional con la segunda peor calidad de vida en Chile -después de Puerto Montt- según un estudio realizado por la Pontificia Universidad Católica de Chile en 2012². Panorama que ha llevado a algunos analistas a emitir juicios lapidarios sobre el porvenir de la ciudad: "Valparaíso naufragó como ciudad y el mosaico que resulta es inmanejable desde una racionalidad

¹ Sobre la modernización neoliberal del puerto de Valparaíso, véase Pablo Aravena (Et. Al.), *Trabajo, memoria y experiencia. Fuentes para la historia de la modernización del puerto de Valparaíso*, Valparaíso, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (FONDART) / Universidad ARCIS sede Valparaíso / Centro de Estudios Interculturales y del Patrimonio (CEIP) de la Universidad de Valparaíso, 2006.

² Cifras citadas en Daniela López y Jorge Sharp, "Catástrofes, espejos de la desigualdad en Chile", en *El Desconcierto*, Santiago, 17 de abril de 2014: <http://eldesconcierto.cl/catastrofes-espejos-de-la-desigualdad-en-chile/>

urbana integrada y equitativa. Valparaíso dejó de ser viable hace mucho tiempo"³.

Como consecuencia de ello, han proliferado las construcciones precarias, de material ligero, incluso de deshechos, levantadas en lugares no aptos para el hábitat humano (como son las laderas de ciertas quebradas), donde no llegan servicios básicos (agua, electricidad, alcantarillado, remoción de basuras, alumbrado público, calles ni escaleras) en la forma adecuada, sino precariamente, y lo que es peor aún, a menudo de manera "salvaje", solo por iniciativa de los propios pobladores, por ende, con medios materiales inapropiados. Esto redundando en hacinamiento humano, habitaciones insalubres amén de precarias, además de acumulación de grandes cantidades de basura en las quebradas, lo que en caso de incendio, se convierte en combustible que acrecienta el área y las consecuencias del siniestro. Se debe agregar también, el grave riesgo que generan las plantaciones de especies exóticas -pinos, eucaliptus y acacias- que rodean la ciudad, material altamente inflamable que, además, secan las tierras y succionan las napas subterráneas, reduciendo dramáticamente las reservas de agua que se necesitan para enfrentar los incendios que periódicamente asolan los cerros de este puerto.

³ Ángel Saldomando, "Cuando se quema la realidad", en *G80*, Santiago, 17 de abril de 2014: http://g80.cl/noticias/columna_completa.php?varid=19533

La culpa principal de situaciones como esta, recae en el Estado y en el municipio. En el Estado, en tanto no ha atendido con grandes obras de infraestructura las necesidades más urgentes de Valparaíso, ni tampoco ha establecido un plan maestro destinado a salvar la ciudad de su, hasta ahora, imparable decadencia. Asimismo, es responsabilidad del Estado y de la casta política que lo administra, la nula adopción de medidas eficaces tendientes a revertir el monstruoso proceso de centralización en torno a la capital, en desmedro de las regiones y de ciudades como Valparaíso.

Del mismo modo, han faltado gravemente a sus deberes los distintos gobiernos municipales (tanto de la Alianza o coalición de la derecha clásica, como de la Concertación), quienes se han sucedido alternadamente a la cabeza de la administración local durante el último cuarto de siglo, por no haber administrado de manera eficiente y proba los recursos disponibles, también por no haber implementado plan alguno destinado a solucionar de raíz los males de su ciudad. La situación ha ido empeorando, sin que los poderes públicos adopten las medidas mínimas para poner freno a desgracias que ya se han vuelto crónicas. La degradación de la ciudad ha continuado, sucediéndose incendios, explosiones de gas, derrumbes e inundaciones que cobran vidas humanas, destruyen edificios públicos, casas y barrios enteros. La basura, suciedad y malos olores se acumulan en calles y quebradas, los espacios públicos se deterioran, los carac-

terísticos ascensores, tan necesarios como pintorescos, se encuentran abandonados, haciendo más frágil y desagradable la vida de sus habitantes, además de afean una ciudad que, por su entorno natural, debería ser una de las más bellas de Chile. Cada año Valparaíso pierde valiosos edificios patrimoniales sin que nadie detenga esta pérdida de historia, memoria y cultura.

El incendio de abril de 2014 no fue sino la repetición a escala ampliada –verdaderamente dantesca– de una serie de sucesos del mismo tipo que vienen acaeciendo desde hace bastante tiempo. En abril de 2013, un siniestro originado en el sector El Vergel, en la quebrada que une los cerros La Cruz y Mariposas, devastó cuarenta hectáreas y destruyó treinta y cinco viviendas, provocando la evacuación de ciento cincuenta personas. Poco antes, el 12 de febrero de 2013, cerca de trescientas viviendas fueron arrasadas por el fuego en sector Rodelillo y en el Cerro Placeres, dejando mil doscientas personas damnificadas. En 2008, otro incendio causó la muerte de cuatro personas y destruyó cien casas en el cerro La Cruz, esto es, en el mismo lugar por donde ingresó el fuego al área urbana desde el camino La Pólvora en abril de 2014.

Las autoridades municipales, regionales y nacionales no han llevado a cabo acción alguna tendiente a prevenir nuevos desastres de este tipo. El urbanista Iván Poduje cuenta que en febrero de 2013 visitó la zona donde se había producido el último incendio, consta-

tando que ninguna de las recomendaciones formuladas por los expertos había sido cumplida. El cerro La Cruz y sus vecinos Virgen y Monjas tenían "campamentos y poblaciones en zonas de riesgo, quebradas repletas de basura sin cortafuegos y pésimos accesos para llegar a poblaciones que suelen quemarse y que los vecinos conocen perfectamente"⁴. A pesar de las advertencias de urbanistas, especialistas en prevención de riesgos, organizaciones sociales y ciudadanos "de a pie", la Municipalidad no fue capaz de implementar planes destinados a impedir la repetición de estos desgraciados sucesos. Las autoridades comunales estaban perfectamente al tanto de los riesgos, tal como consta en el Acta de la Primera Sesión Ordinaria del Consejo Municipal de Valparaíso del 12 de diciembre de 2012, ocasión en la que el jefe de Emergencias de la Municipalidad, alertó detalladamente a los ediles acerca de los principales riesgos, especialmente incendios, señalando que, dada la patética falta de recursos y el carácter de "ciudad frágil" de Valparaíso, todas las emergencias se traducían en desastres. Un viento fuerte, aseveró, basta para provocar la caída de una muralla y unas gotas de agua provocan alu-

⁴ Iván Poduje, "Valparaíso: una tragedia esperable", *La Tercera*, Santiago, 14 de abril de 2014. Versión electrónica: <http://voces.latercera.com/2014/04/14/ivan-poduje/valparaiso-una-tragedia-esperable/>

viones, sin considerar terremotos y otros hechos más graves⁵.

La corrupción, anidada en los distintos gobiernos regionales y locales, ha sido otro factor que ha contribuido a agravar los problemas, acelerando la degradación y decadencia de la ciudad-puerto. Como es sabido, Valparaíso y su región han sido el escenario de varios de los más bullados casos de tráfico de influencias, malversaciones y "triangulaciones" ilegítimas entre representantes de los poderes públicos, miembros de la casta política y empresarios, ocurridos en las últimas décadas. Desde el famoso "desmalezado brujo" de terrenos de la Refinería de la Compañía de Petróleos de Concón en 1993, en el que se vieron involucrados el senador demócrata cristiano Juan Hamilton y su correligionario Aldo Cornejo, entonces diputado y más tarde alcalde de Valparaíso, hasta el caso de malversación de más de \$1.000 millones en la Intendencia regional -conducida por la Democracia Cristiana- durante el primer gobierno de Bachelet. Grandes sumas de dinero que hubieran permitido satisfacer algunas de las necesidades más urgentes de la maltrecha ciudad portuaria, se han desvanecido como resultado de hechos ilícitos. Según cifras entregadas en un reportaje del Centro de Investigación Periodística (CIPER), realizado por

⁵ Acta de la Primera Sesión Ordinaria del Consejo Municipal de Valparaíso del 12 de diciembre de 2012. Versión electrónica: http://ciperchile.cl/pdfs/2014/04/incendio/Sesion_1_del_2012_Ricardo_Valdes.pdf

Alberto Arellano y Boris Bezama, tres de los cuatro mayores casos de corrupción en la región en los últimos veinte años, suman más de \$2.389 millones. Por su parte, la deuda municipal ha aumentado de manera prácticamente exponencial: a fines de diciembre de 2002 el déficit era de \$1.600 millones, en junio de 2003 alcanzaba los \$4.100 millones y en la actualidad (2014) llega a \$35.000 millones⁶. Lamentablemente, esto no es todo, otra investigación del CIPER, revela que la Contraloría General de la República detectó que cerca de \$1.300 millones provenientes del fondo de Subvención Especial para Uso Educativo (SEP) fueron utilizados para fines distintos a la educación de los niños de sectores más pobres, como el arreglo de la sala municipal del Cine Condell⁷.

A estos casos, en los que existe certeza acerca de actos de corrupción y malversación de recursos públicos, se agrega la duda sobre el destino de los fondos aportados por la UNESCO a partir de la declaratoria de una parte importante de esa urbe como "Patrimonio de la Humanidad", ya que además de la

⁶ Alberto Arellano y Boris Bezama, "El historial de negligencia y corrupción que hizo arder a Valparaíso", en *CIPER*, Santiago, 16 de abril de 2014: <http://ciperchile.cl/2014/04/16/el-historial-de-negligencia-y-corrupcion-que-hizo-arder-a-valparaiso/>

⁷ Tabatha Guerra, Juan Andrés Guzmán, Pedro Ramírez, Gregorio Riquelme y Noemí Arcos, "Ley CEP: Ranking de las 20 municipalidades más cuestionadas por Contraloría", en *CIPER*, Santiago, 28 de mayo de 2012: <http://ciperchile.cl/2012/05/28/ley-sep-ranking-de-la-20-municipalidades-mas-cuestionadas-por-contraloria/>

pintura de algunas fachadas y la restauración de un número limitado de obras arquitectónicas, no se percibe un efecto claro de la llegada de esos recursos.

En este contexto, la intervención de bomberos combatiendo los incendios, especialmente el último, ha tenido ribetes heroicos. Como es sabido, en Chile este cuerpo lo integran únicamente voluntarios no remunerados (lo que es un orgullo nacional) y, aunque el Estado y las municipalidades les entregan algunos recursos, estos son absolutamente insuficientes para hacer frente a todas las necesidades de un país que, por su alta concentración urbana, sus desigualdades sociales, la condición de pobreza de una parte muy importante de su población, el maltrato empresarial a la naturaleza, su clima y geografía, presenta en algunos lugares, condiciones particularmente favorables para la propagación de incendios. Los bomberos deben realizar frecuentes colectas públicas para remediar, parcialmente, sus carencias. Similares faltas de recursos sufren las brigadas que combaten incendios forestales. Motivos suficientes para afirmar que la máxima responsabilidad de la falta de medios para luchar más rápida y eficientemente contra estos siniestros, los que, invariablemente, afectan casi exclusivamente a los sectores más pobres y desprotegidos de la población, recae sobre las autoridades estatales y municipales.

Otro punto positivo a destacar es la reacción solidaria que se gestó espontáneamente a nivel nacional.

Grandes cantidades de alimentos, medicamentos y vestuario fueron recolectadas y encaminadas al lugar de la tragedia por organizaciones sociales y humanitarias de diverso tipo; por su parte, miles de jóvenes voluntarios acudieron desde distintos puntos del país a participar en las labores de remoción de escombros y de ayuda a los damnificados. Diversas organizaciones sociales, centros comunitarios y culturales de la propia ciudad siniestrada se convirtieron en "estados mayores", independientemente de la acción de la Municipalidad y del Gobierno Regional, desde los cuales se organizó el trabajo y la distribución de la ayuda solidaria. Ello debe ser, sin duda, destacado, pero no utilizado para ocultar la incapacidad del Estado y de los poderes públicos para hacer frente a situaciones de emergencia como la vivida por el siniestro ocurrida en el "patio trasero" de Valparaíso⁸.

Podemos concluir, entonces, que la desgracia de Valparaíso no es producto de una fatalidad histórica ni geográfica, sino el resultado de una estructura social profundamente polarizada, de una odiosa distribución de la riqueza y de la abulia e inepticia de la casta política

⁸ "Patio trasero de Valparaíso" fue la acertada expresión empleada en una entrevista por Verónica Cares, una joven voluntaria que acudió desde Talcahuano a ayudar a los damnificados del incendio del 12 de abril. "Voluntarios en Valparaíso: La organización y la unidad de los pobladores será fundamental", en *Resumen. Informativo de la Región de Concepción*, Concepción, 1 de mayo de 2014: http://resumen.cl/index.php?option=com_content&view=article&id=9187:voluntarios-en-valparaiso-la-organizacion-y-la-unidad-de-los-pobladores-sera-fundamental&catid=8:nacional&Itemid=52

cuyo norte no es el servicio público, como afirma de manera majadera en sus discursos, más bien, el usufructo personal y colectivo de los beneficios derivados de su rol de administradora del modelo de economía y sociedad instalado por la dictadura.

La reacción solidaria de la ciudadanía, tiene, probablemente, un componente humanitario "tradicional", siempre presente en circunstancias como esta, pero también puede ser el reflejo de una creciente desconfianza en las capacidades de acción y solución provenientes del Estado subsidiario neoliberal. Esa fue, precisamente, la motivación que llevó a la Coordinación de Voluntarios por Valparaíso a convocar una manifestación de protesta el 24 de abril, la "marcha de las palas", ante "el abandono de Valparaíso por años, la inoperancia de los alcaldes que han pasado por el Municipio y con esto la negligencia total de la institucionalidad hacia el pueblo y hacia la región", recalcando que "la institucionalidad no da abasto y que la organización, el trabajo conjunto de pobladores y estudiantes está dando el ejemplo de solidaridad"⁹. La represión policial ejercida sobre los manifestantes de la "marcha de las palas" -por tratarse de una "manifesta-

⁹ "Por una reconstrucción justa: Marcha de las Palas", en *R/VF*: <http://www.radiovillafrancia.cl/en-valparaiso-convocan-para-este-jueves-a-la-marcha-de-las-palas-por-una-reconstruccion-digna-tras-incendio-en-los-cerros>

ción no autorizada"¹⁰- pone de relieve, una vez más, el creciente abismo existente entre la casta política y un significativo sector de la ciudadanía que, desde hace algunos años, ha empezado a desarrollar procesos de empoderamiento social. La tragedia de Valparaíso, solo lo ha hecho más evidente.

¹⁰"Marcha de las Palas' termina en incidentes con carabineros: Municipio desmiente petición de desalojo", en *Universidad Católica de Valparaíso Radio*, Valparaíso, 24 de abril de 2014: <http://www.ucvradio.cl/bsite/2014/04/24/marcha-de-las-palas-termina-en-incidentes-con-carabineros-municipio-desmientepeticion-de-desalojo/>; Paula Campos, "Carabineros arremete contra marcha de voluntarios en Valparaíso", *Radio Universidad de Chile*, Santiago, 24 de abril de 2014: <http://radio.uchile.cl/2014/04/24/carabineros-arremete-contra-marcha-de-voluntarios-en-valparaiso>

**Lo sabíamos pero no hicimos nada:
Cultura y clientelismo porteño
ante el trágico incendio**

Sebastián Sepúlveda*

¿Teníamos antecedentes? Si por supuesto y muy antiguos, de hecho el Valle de Quintil era conocido como Alimapu, “tierra quemada”, por su población originaria. ¿Diagnósticos detallados? También y muchos, hechos por diversas universidades y organismos públicos. ¿Alertas? Muchísimas, después de 5 años de sequía y con un 2013 que fue el tercer año más seco desde que se tiene registro (1867), en el contexto de la década más seca en 150 años, esta temporada fue especialmente intensa en incendios forestales y el año pasado tuvimos el incendio en Rodelillo con casi 300 casas destruidas. ¿Advertencias a largo plazo? Claras, contundentes y de organismos certificados. La ONU ha informado a los gobiernos y difundido ampliamente informes detallados advirtiendo a cada país sobre los impactos específicos que tendrá y está teniendo el cambio climático en sus territorios, entre ellos el aumento de incendios forestales que pueden amenazar áreas urbanas.

* Sociólogo y Doctor © en Urbanismo.

El fondo del asunto es que nadie, menos el gobierno central y local, se puede dar por sorprendido con el trágico incendio ocurrido en Valparaíso. Lo que sí nos debe sorprender, si es que eso es posible a estas alturas, es su magnitud (más de 3000 casas y 1000 hectáreas quemadas) y la indefensión del Estado de Chile y Valparaíso ante esta tragedia. Un país miembro de la OCDE que alardea que su ingreso per cápita se acerca a los 20 mil dólares no es capaz de controlar en más de 48 horas un incendio que se inició como forestal en la segunda área urbana más importante del país.

Pese a movilizar recursos humanos y materiales nunca antes vistos proveniente de toda la zona central, la más poblada y mejor aprovisionada de Chile, el incendio superó por varios días todos los esfuerzos desplegados. Así y todo fue más bien fruto de la buena providencia, la suerte o la devoción religiosa porteña (puros aspectos pre modernos) que las llamas no se extendieran quemando el resto de la ciudad. Situación evidentemente impresentable en un país que quiera llamarse desarrollado, exponiendo, una vez más, los pies de barro de nuestros alardes.

Dos causas interrelacionadas están en la base de esta impresentable situación. La primera, lo decimos una vez más, es la falta de planeación, planificación y gestión del territorio. Con todos los antecedentes e información disponible ¿Cómo es posible que el Camino La Pólvora, rediseñado y ampliado completo hace sólo 6 años, no se

haya considerado como un efectivo cortafuegos que proteja a la ciudad, con el ancho adecuado, con equipamiento de vigilancia y control de incendios, estanques de agua, etc.? ¿Cómo es posible que la normativa municipal no considere, como en cualquier país medianamente desarrollado con clima mediterráneo (España, Portugal, Australia, etc.), adecuadamente las distancias mínimas necesarias entre las construcciones y con las zonas forestales, densidades máximas en zonas vulnerables, materialidades y criterios mínimos de diseño urbano y arquitectónico? ¿Planes sistemáticos de limpieza de quebradas? ¿Manejo eficiente de basura, sobre todo en las zonas de alto riesgo? ¿Revisión periódica de redes de agua y grifos? ¿Gestión adecuada de cuencas y quebradas para que actúen como cortafuegos o mitigadores del mismo? ¿Una estructura vial mínima que asegure el rápido acceso a las zonas de mayor riesgo y que también actúe como barrera ante el fuego? ¿En realidad es mucho pedir? Como antecedente, el estanque de agua del cerro Cárcel se construyó en los años 20 para facilitar a los bomberos el combate de los incendios de la ciudad y dejó de usarse con el terremoto del año 1985. Este estanque es la expresión palpable de una cultura, material e inmaterial, que conocía su entorno, sus características y riesgos y frente a los cuales generó respuestas efectivas y eficientes de adaptación, prevención y manejo. Hoy a casi 100 años de su construcción y 30 de su abandono, con un ingreso per cápita 6 veces supe-

rior al año 85, no tenemos estructuras similares de respaldo en la provisión de agua para combatir los incendios en la parte alta de los cerros.

La segunda, retroalimentada con la anterior es el clientelismo porteño que bajo la mirada politiquera de corto plazo ha hecho, por décadas y sistemáticamente, la vista gorda con situaciones de alto riesgo para los habitantes de la ciudad. Evitando fiscalizar, incluso facilitando, situaciones urbanas y arquitectónicas suicidas por parte de la población. Y, quizás más grave, desarticulando activamente las bases de organización autogestionada y autónoma de la sociedad civil. ¿Cuándo fue la fundación de la última bomba de bomberos en la ciudad de Valparaíso? La fecha no es menor; fue hace más de 40 años, en 1973. ¿Coincidencia? Para nada; tanto la dictadura como los gobiernos de la Concertación se encargaron sistemáticamente de destruir la base organizativa de la sociedad civil porteña que era una enorme tradición (cultura) que, entre otros aspectos relevantes, había generado todas las compañías de bomberos que por más de un siglo y medio han salvado a Valparaíso de sus incendios. Pese al despoblamiento del plan y el aumento de población en los cerros, en más de 40 años no se ha inaugurado ningún nuevo cuerpo de bomberos, menos en la parte alta de la ciudad que es la zona más expuesta. En esta lógica clientelista es posible entender la aparente contradicción entre el llamado del alcalde para que cesara la llegada de trabajadores voluntarios y

que sólo dos semanas después se estén contratando trabajadores para el retiro de escombros.

Además de ello, en este particular pacto social porteño la norma ha sido el “laissez faire” en donde todo está permitido. Como hemos dicho, parafraseando a Nicanor Parra, “en Valparaíso no se respeta ni la ley de la selva”, menos las leyes de la física, y tenemos casas que no respetan ninguna normativa, instaladas profusamente en zonas de evidente riesgo de derrumbe en invierno y de incendio en verano, casas a escasos metros de bosques y quebradas de alta combustibilidad, casas que se han destruido y construido varias veces en las mismas zonas de riesgo y la autoridad no hace nada, por el contrario, facilita su reconstrucción.

Debemos agradecer la capacidad de respuesta, improvisada por cierto, de las personas en los cerros afectados. Sin ellas tendríamos muchísimas más muertes que lamentar. Pero esas comunidades no tienen ninguna capacitación, ni herramientas para tener una respuesta rápida y efectiva que, en dado caso, pueda contener incendios locales mientras llegan los bomberos, o, en el peor de los casos, disponer una efectiva y ordenada evacuación. No existe un programa gubernamental, ni educación mínima en los colegios sobre aspectos básicos de civismo ante estos desastres naturales. Esta situación ya fue advertida por el BID el año 2010 en informe “Indicators of Disaster Risk and Risk Management” donde Chile figuraba último en Latino-

américa en el indicador relativo a identificación de riesgos y que comprende aspectos como el inventario sistemático de desastres y pérdidas, el monitoreo de amenazas y pronósticos, la evaluación de vulnerabilidad y riesgo, la información pública y participación de la comunidad y formación en gestión de riesgos y educación. Todos aspectos cuya debilidad quedó en evidencia en este desastre.

En este sentido, debemos dar las herramientas, instrumentos y habilidades para facilitar el efectivo empoderamiento de las comunidades en el manejo de los riesgos y reducción de daños a los que están expuestos después de décadas de activa desarticulación por parte del gobierno de turno.

Debemos recuperar, entre otras, la tradición de los cuerpos de bomberos en Valparaíso que fue justamente eso, una respuesta cultural efectiva y eficiente ante un riesgo natural concreto. La autoridad ha hecho cada vez más evidente, año a año, su incapacidad para lidiar con estos desafíos. Se requiere, lo decimos una vez más, pasar de un modelo de gobernabilidad urbana (vertical, autoritaria) a un modelo de gobernanza urbana (horizontal, colaborativa) de cogestión de los territorios, con ejercicio compartido de derechos y responsabilidades entre gobierno, privados y comunidad o sociedad civil. Modelo de gobierno no muy diferente al que imperó en Valparaíso en su mejor época del siglo XIX y XX.

Lo que no podemos aceptar, es que las autoridades pretendan lavarse las manos diciendo que es increíble que los incendios pasen por los mismos lugares porque eso no es increíble. Eso lo sabemos. Ha sido debidamente estudiado, es parte de la historia porteña, y la cultura, como construcción social mínima que caracteriza a la humanidad, se basa justamente en entender el comportamiento de la naturaleza y hacerse cargo de ella para aprender (memoria), sobrevivir y sobreponerse a sus avatares y dificultades (proyecto). Lo que actualmente se llama resiliencia y que no es nada más ni nada menos que lo que históricamente se hizo en Valparaíso y que devino en una cultura tan singular, potente, innovadora y creativa a nivel internacional que la hizo merecedora de ser inscrita en la Lista del Patrimonio Mundial. No olvidemos que, pese a tener muchos menos recursos monetarios y tecnológicos, fue justamente gracias a esa tradición cultural, expresada en aspectos tangibles e intangibles, que nunca en el pasado tuvimos un incendio tan grande que lamentar en Valparaíso.

Vivir peligrosamente Valparaíso

Iban de Rementería*

El mayor teórico del riesgo, Ulrich Beck, dice que: “El riesgo es la previsión y control de las consecuencias futuras de la acción humana”. Desde el retorno a la democracia en Chile se han decretado 50 emergencias nacionales, 14 de ellas en Valparaíso ocupando el primer lugar, con el 28%; además, esta región ocupa el segundo lugar nacional en incendios forestales con 203 en los últimos diez años, por eso los indios –“pueblos originarios”- como advertencia a todos los tiempos llamaron a estas tierras Alimapu.

Veamos que ha pasado en recientes incendios de interfaz entre lo urbano y lo rural, las “precuelas”, más importantes de la catástrofe actual: el incendio forestal del 14 de enero del 2008, que comenzó en el cerro La Cruz, destruyó 20 hectáreas de bosque, se propagó al sector poblacional de El Vergel arrasando decenas de viviendas y automóviles, hubo cuatro muertos entre ellos un bombero y más de 50 heridos - por el mismo El Vergel entró el fuego el pasado 12 abril. Luego, el 14 de febrero de 2013 casi 300 casas fueron arrasadas por las llamas en el sector de Rodelillo y el Cerro Placeres de

* Secretario Ejecutivo Red Chilena de Reducción de Daños

Valparaíso, dejando a 1.200 personas damnificadas, el cual también se inició en el bosque colindante.

Finalmente el 12 de abril pasado, pese a la advertencia toponímica e histórica de los indios y de las “precuelas” de 2008 y 2013, probablemente una quema mal hecha en el fundo Los Perales, con mayor probabilidad que un jote, un niño, un loco o un bombero *pirófilos*, generó un incendio catastrófico en la parte alta de la ciudad que incluyó a los cerros: Mariposa, La Cruz, Merced, Las Cañas, El Vergel, Ramaditas, Pajonal, Rocuant y el Litre, 9 de 42 cerros, ha producido 1.000 hectáreas de bosques quemadas, tres mil viviendas incendiadas, 17.000 damnificados y 16 muertos, el impacto causado ahora en número de viviendas incendiadas es superior a la suma de todos los otros eventos anteriores en el último siglo.

Si más allá de la Cárcel por el Camino de la Pólvora en dirección noroeste en las partes altas de los cerros Florida, Yungay y Jiménez, Cárcel y La Loma, Cordillera y San Francisco, Toro y Arrayan, así como en Playa Ancha por sus sectores altos, no se construye un corta fuegos a la largo del Camino de la Pólvora de 200 a 250 metros de ancho, que separe los bosques de eucaliptus de la vertiente sur de los Altos de Valparaíso, de los bosques y zonas urbanas de la vertiente norte; si además, no se instalan estanques de agua cada cien metros, si no hay grifos ni red hídrica en esos lugares, si no se asientan puestos de bomberos que puedan intervenir

cualquier amago de incendio antes de 20-30 minutos transcurridos, y si no se talan los bosques de eucaliptus, incluidos sus renovales, que rodean peligrosamente a la ciudad puerto por ser estos pirófilos, no hay manera de conjurar en toda esa zona el peligro inminente de otro mega incendio en cualquier momento o de seguro el próximo verano.

Pero, la medida más importante a implementar es proceder en lo inmediato a organizar a la población en estructuras locales de prevención y gestión de riesgos, reducción de daños y mitigación de impactos. La población local debe ser organizada, habilitada y tener competencia para identificar riesgos en su entorno, asimilar y controlar daños a su población; además, la presencia en y el conocimiento de su entorno le dan a la población local organizada la mejor oportunidad y opción para tomar las primeras medidas, dar la primera asistencia a las víctimas, identificar los impactos y peligros eventuales, así como asistir en sus intervenciones a los equipo de bomberos, sanitarios, policiales y otros comprometidos en la protección civil cuando estos deban actuar en la localidad. La única manera de no seguir viviendo peligrosamente en Valparaíso es mediante la organización de sus vecinos porque el riesgo y su gestión es un asunto esencialmente ciudadano y político no técnico.

Finalmente, otra importante medida de gestión de riesgos, reducción de daños y mitigación de impactos

es establecer las responsabilidades institucionales y funcionarias entre quienes legalmente tienen la responsabilidad y la obligación de asegurarla protección civil de la población, estas deben ser las más importantes “lecciones aprendidas” para que esos hechos no se repitan. No se trata aquí de culpar a nadie, de eso se encargan los tribunales de justicia. Pero, no se debe aceptar el fácil recurso de culpabilizar a las víctimas, como en los casos de los derechos humanos o los abusos sexuales, afirmando que ellas son las responsables de lo que paso por haberse localizado en quebradas y pendientes, cuando casi toda la ciudad está construida sobre quebradas y pendientes, o que ellos son responsables por arrojar sus basuras a las quebradas, si no se las recogen mal harían guardándolas bajo sus camas.

La responsabilidad de no haber actuado de acuerdo con las normas universales de gestión de riesgo y reducción de daños no es solamente del Alcalde, máxima autoridad de la ciudad, también lo es de la ONEMI que es la institución del Estado encargada de la protección civil. El principal criterio de la protección civil es el principio de "precaución" o también llamado "de cautela", que exige la toma de medidas protectoras ante un evento que suponga un riesgo grave para la protección civil se conozca o no el daño previsible, ni se cuente con las evidencias científicas de su ocurrencia; el error del Sub Secretario Rosende el 27 F 2010 fue preguntarse: ¿Y si no viene el tsunami? La gestión del

territorio en los bosques del país es de la CONAF ¿Por qué existiendo aún las condiciones climáticas para temperatura de 30°C, humedad de 30% y vientos de 30 nudos por hora se declaró el fin de la temporada de incendios el 30 de marzo? ¿Cuál es el rol de ESVAL en la provisión de agua para las emergencias? En todos los eventos relatados, tanto el mega incendio, mega evento y mega *marketing*, así como en sus “precuelas”, todos los testimonios dicen que no había agua en los grifos y los bomberos para apagar incendios nada pueden hacer sin agua, entonces, es cuando menos sorprendente que en la declaración pública del Cuerpo de Bomberos y en las entrevistas de su máximo jefe nunca se mencione la falta de agua.

Bien sabemos que el poder es ambiguo con la seguridad ciudadana y la protección civil de la población, ya que de igual manera que para proveer seguridad hay que instalar la inseguridad - proverbial aquí en Chile donde mientras más disminuye la delincuencia más temor tiene la gente-, también para instalar la legitimidad del poder es necesario dejar que el riesgo se convierta en peligro y este en catástrofes, para así auxiliar víctimas, socorrer damnificados, financiar reconstrucciones y hacer inauguraciones, además, claro está, castigar a los culpables expiatorios.

Jardín

Juan Luis Moraga*

Para conversar sobre la tragedia que sobrevino a la ciudad de Valparaíso, como si fuera Sodoma pero “bizarra”, (Valparaíso sería el revés; dado que según el génesis Sodoma era un área: “bien regado por todos lados... como el jardín de Dios”); debemos tener en cuenta algunas consideraciones:

Primero: gran parte del área siniestrada no cuenta con agua.

En los años 60 Joris Ivens en el documental “A Valparaíso”, registra como los vecinos suben con latas de agua potable para consumo en las casas. Queda allí también registrada la reunión de un grupo de vecinos de las cotas altas de la ciudad en la que discutían el problema del agua potable, discuten como negociar con la compañía de aguas para acceder al servicio.

Segundo: recordemos también que en el largo proceso de obsolescencia de la ciudad desde la apertura del canal de Panamá, la ciudad ha perdido a las familias que pueden elegir donde vivir. Por tanto, la ciudad fue

* Arquitecto. Decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Valparaíso.

perdiendo todo aquello que es propio de una ciudad socialmente diversa. Iniciando una actividad turística más bien degradada finalmente bajo el paraguas de una declaración de ciudad patrimonio de la humanidad francamente equívoca pues no puede “cuidar” realmente los valores que constituyen a Valparaíso en una ciudad habitable.

Durante la dictadura, dada su posición extramuros de la gran conurbación metropolitana, asume un rol de sitio de diversión permisiva. Ejemplo de ello es otra tragedia también con fuego ocurrida a la discoteca “Divine”. “Divine” era una discoteca dirigida al público homosexual; en septiembre del 93 un incendio destruyó el recinto, donde fallecieron cerca de una veintena de personas....aunque nunca se ha determinado con exactitud dicha cifra.

Tercero: es caer en cuenta que el fuego arrasador “sodomítico” “castigador”; no se inicia en los campamentos o viviendas consolidadas de cimas y laderas de los cerros. Se inicia en predios forestales prácticamente abandonados, que contienen especies fácilmente combustibles, que secan el suelo y en zonas, de la parte alta de la ciudad, donde no hay agua. Ahora es casi un lugar común decir que en estos cerros, parte de la cordillera de la costa de clima mediterráneo, se debió hace mucho tiempo primero hacer llegar el agua potable y segundo arborizar con masas arbóreas y

arbustos nativos que aportan agua al suelo. Estas recogen el agua de la vaguada costera típica de la zona. Considerar además a las quebradas como naturales caminos del agua de las lluvias y preservadoras de flora y fauna nativa.

Existe efectivamente una ruptura entre Saber y Poder en nuestra sociedad y por tanto la solución de problemas que plantea la tragedia es muy difícil de abordar.

La cuestión, en el caso de Valparaíso, es más profunda si consideramos la siguiente experiencia. Con los estudiantes de arquitectura de los talleres durante muchos años hemos practicado la construcción de cartografías de los cerros de Valparaíso para desarrollar proyectos. Cartografías que tienen como centro lo que llamamos “habitar”. El hecho que una gran parte de la ciudad históricamente se fue construyendo sin arquitectos, sin funcionarios; ha permitido aprender de la creatividad que despliega el habitante para sortear las dificultades al construir y hacer ciudad (un tipo de ciudad) en una morfología exigente con una presencia fuerte de la naturaleza: la pendiente, los vientos, el horizonte, la vista del mar. Dichas cartografías llevan de viaje al interior de los cerros, y del habitar de las gentes, siguiendo la directriz de Le Corbusier que en el “Mensaje a los Estudiantes de Arquitectura” conminaba a visitar al: “hombre desnudo” vistiéndose, rodeándose de utensi-

lios y de objetos, de habitaciones y de una casa, satisfaciendo razonablemente a lo indispensable, y permitiéndose un exceso capaz de hacerle saborear la abundancia de los bienes materiales y espirituales... pone en juego la intención poética, la intención de agregar materialismo en beneficio de la sensibilidad, la manifestación de un instinto creador”.

Esta arquitectura espontánea permite re-valorar aquel concepto de pequeños paraísos planteado por Alvar Aalto en su discurso a los arquitectos suecos el año 1957 (Pallasma, 1960) quién refiere que: “También la arquitectura tiene una segunda intención (...) la idea de crear un paraíso. Es el único significado de nuestras casas (...) deseamos construir un paraíso terrenal para los hombres”. En la ciudad de Valparaíso ese “pequeño paraíso” está inmerso además, en las relaciones que establece con su morfología y entorno, que suele confabularse felizmente para generar un ritmo armónico entre sendero, escalera, calle y espacio-vestíbulo, antesala o salón de muchas vecindades en el área adyacente que se ramifican hacia el cerro.

Ahora que miramos junto con una estudiante dibujos y fotografías de una parte del “Vergel”, que ha desaparecido y donde el concepto precedente se manifestaba con intensidad variada pero continua: ¿de qué modo podría el saber o el poder reconstruir dichos pequeños paraísos?...quién los vio, o más bien: ¿quién cree que ellos siquiera existan?si hasta a nosotros nos

parece que los conjuntos espontáneos de viviendas no son más que la forma que pudo tomar el viento al peinar los cerros y dentro de esa forma la gente creó sus lugares de habitar.

Quien crea en ellos, en los paraísos cree en la capacidad poética y creadora de las gentes para construir ellos mismos su habitar. ¡QUIÉN ES ESE!

Por tanto, la respuesta inmediata a la tragedia, serán esos tipos de intervenciones ajenos a esta sensibilidad y propia evolución local que están usualmente asociadas a políticas habitacionales o especulaciones inmobiliarias, y al no considerar y valorar estos aspectos tradicionales, devienen en lo que Heidegger diagnosticó como “la auténtica penuria del habitar” (Martin Heidegger, 1994). Se modifica y arruina hasta la topografía, dando lugar a modos de vida en conflicto como consecuencia de la ruptura de aquella gradiente y traza morfológica que articulaba una vida de mayor equilibrio (ver Myriam Waisberg, 1999).

Las perspectivas de recomposición del tejido social en la zona siniestrada es preguntar a la gente que necesita, devolver sus bienes para los emprendimientos etcétera, confiados en que saben cómo darse un lugar para habitar.

¿Sería confundir a Valparaíso con Sodoma de la cual el génesis estimaba que era un área: “bien regado por todos lados... como el jardín de Dios”?

El saber y el poder no han sido capaces de cuidar este “jardín de Dios”.

En todo caso ese jardín de Dios está en las personas que hoy han perdido sus “habitaciones” arrasadas por el fuego.

La ciudad de arriba y la ciudad de abajo

Justo Pastor Mellado*

Buscar responsables mientras la tragedia está teniendo lugar es, más que una indelicadeza, una estupidez política. Hay un tiempo para cada cosa. El presente impone la crueldad de un formato que no tiene parangón en la historia contemporánea de Valparaíso. No solo se han consumido más de quinientas viviendas, sino que se ha calcinado una memoria social específica. No solo desaparecieron varios centenares de inmuebles, sino que se han quemado documentos y archivos familiares sobrecargados de afecto. Un habitante, en cámara, declara que ha perdido todo, y agrega, “no me ha quedado ninguna foto”. De esa historia, ya no hay imagen. Una casa puede ser reconstruida; una foto perdida reproduce en el imaginario la pulsión de un olvido que tendrá que saldar sus deudas con la “invención de un origen”.

Desde mi posición en la dirección del Parque Cultural de Valparaíso he sostenido que el patrimonio de la ciudad se verifica en la corporalidad de sus habitantes. Por cierto, he apuntado siempre a recuperar una definición que no secuestre la patrimonialidad en nom-

* Director del Parque Cultural Valparaíso.

bre de la retórica UNESCO. De ahí que sea lícito pensar en lo injusto que resulta que los principales afectados por este siniestro de dimensiones colosales, sean habitantes que no residen en *la zona*.

¿Cuál sería la zona? Aquella que ha sido designada apta para recibir la atención de un plan de gestión patrimonial que, en términos estrictos, deporta a los habitantes de los cerros hacia los “paños urbanos” de amortiguación. Toda la ficción del turismo con destino cultural está pensada para satisfacer a los emprendedores de las industrias creativas.

En “la ciudad de arriba”, como la designaba Chris Marker en el film “A Valparaíso”, la creatividad está directamente vinculada a la reconstrucción simbólica montada después de la tragedia que ha consumido todas las fotografías familiares. Lo cual, a su vez, demuestra que esta ciudad está desguarnecida y abandonada por el Estado frente a la “barbarie” del paisaje.

Hablando sin sublimar la realidad, lo que ocurre es que semejante paisaje es la denominación mitificante de la sequía, que determina el comportamiento de la “cultura de las laderas”. No es un paisaje referente de pintura alguna, sino simplemente la constatación de la *falla autoritaria* de la Autoridad. La culpa la tendrían los propios habitantes porque no habrían limpiado en forma adecuada los fondos de quebrada, favoreciendo la propagación del fuego. Pero los habitantes, que pagan

sus impuestos, esperan que al menos, un mínimo de cosas de la vida cotidiana, les sean resueltas. Entre ellas, el manejo de la patrimonialidad corporal; es decir, de aquellas condiciones mínimas bajo las cuáles un sujeto puede inscribirse en un territorio.

Pero la “barbarie” del paisaje se transforma en “cultura” cuando puede, efectivamente, destruirse como paisaje. El incendio comenzó en un borde del camino La Pólvora, que linda con la amenazante ruralidad porteña, y se propagó hacia “la ciudad de abajo”.

En efecto, es la ruralidad la que cobra el precio de la inconstitución del paisaje, asolando el territorio, afectando la asentabilidad de unos plebeyos que tuvieron que atravesar complejos procesos de soberanización, antes de obtener sus títulos de dominio.

En esta perspectiva, la destrucción mediante el fuego sería la condición del abandono de la “barbarie”. Paradoja culpabilizadora de la que la Autoridad política no sabría cómo redimirse, porque todas sus medidas para paliar las mermas de la socialización urbana son estructuralmente insuficientes. A los habitantes siniestrados solo les quedaría padecer la reparación imposible del olvido, porque han perdido algo más que una fotografía. En cambio, la Autoridad debe construir la imagen que le proporcione la prueba “tangibles” -y reparatoria- de su propia necesidad.

Definitivamente, el patrimonio reside en la corporalidad de unos habitantes -inicialmente marginados de *la zona*- y que hoy han perdido todos los vestigios de su existencia como *seres de grano* (para hablar en antiguo). ¿Qué es lo que reemplaza a los seres de grano cuando una tragedia de tal magnitud ocurre? El *grano de la voz*, en sentido barthesiano.

Valparaíso

Agustín Squella*

"La ciudad de pie" llamó Gabriela Mistral a Valparaíso. De pie porque vive en posición vertical, de arriba abajo, desde la cabeza y los hombros de sus cerros hasta el mar que son sus pies, a diferencia de la mayoría de las ciudades del mundo, que son horizontales y viven recostadas.

Por Valparaíso no se anda, se sube y se baja, constante y hasta simultáneamente, como es el caso de las crujientes cajas de sus ascensores, una descendiendo hacia el plan mientras la otra se empina ladera arriba.

Valparaíso está de pie. Continúa de pie. Pero está cansado. Luce mal. Sonríe agradecido ante la solidaridad, pero con signos de evidente fatiga, los mismos, si bien ahora más pronunciados, que mostraba hace ya tiempo. Valparaíso está seco, caliente, quemado, los tres significados que tiene "alimapu", la palabra con que lo nombraron los changos, el pueblo de pescadores pre-hispánicos que habitó la bahía.

Durante la noche Valparaíso es Valparaluces y en el día es Valparavientos. Pero el que está ganando la partida es Valparapobre.

* Abogado. Académico de la Universidad de Valparaíso.

Valparaíso no es ya Valparaíso. Valparaíso es Valparaísos, y no porque haya ciudades del mismo nombre en España, Colombia, Méjico, Estados Unidos, Portugal y Canadá. Nuestro Valparaíso es Valparaísos. Ciudad habitacional, portuaria, turística, universitaria, patrimonial, cultural: tales son hoy los caracteres, las vocaciones y los destinos de Valparaíso, aunque muchas veces uno cualquiera de ellos se olvide de los demás o, peor, los enfrente y pretenda la hegemonía. El cineasta holandés Joris Ivens filmó en 1962 "A Valparaíso", un documental en el que incluyó la canción *Nous irons a Valparaíso*, que los marineros franceses del siglo XIX empezaban a entonar no más dejar atrás las bravas aguas del Cabo de Hornos, alentados tanto por haber conjurado el peligro como por la proximidad de la mítica bahía y sus cantinas. Ivens lo descubrió ya entonces. "Hay miles de Valparaísos", dijo, "y la dificultad es decidirse por alguna de sus infinitas posibilidades". Y concluyó de la siguiente manera: "Nunca vi una ciudad tan hermosa, tan original, tan única".

Pero ya no es cuestión de decidirse por uno u otro Valparaíso, sino de asumir que somos varios Valparaísos y que lo peor sería enfrentar a la ciudad habitacional con la ciudad puerto, o a esta con la patrimonial, o sus vecinos con los turistas que llegan a conocer no uno, sino todos los Valparaísos.

Todos decimos amar Valparaíso, pero no pasamos de estar enamorados de nuestra particular visión de

la ciudad. Cada Valparaíso parece andar hoy por su lado, más atento a sus intereses que a los del conjunto de la ciudad. Nos falta subir a los cerros, es decir, a la altura, para mirar más allá de nuestras preferencias. Cada Valparaíso tiene sus custodios, como esos pacientes que cuentan con un médico para cada uno de sus órganos, en circunstancias de que lo que necesitan es un médico general. Los diferentes Valparaísos necesitan cada uno de sus expertos, sus especialistas, pero el conjunto de ellos precisa de un médico general. ¿Pero quién tiene autoridad, que es más que liderazgo, para poner en orden, o cuando menos para poner en línea, a todos los Valparaísos, establecido que ninguno podrá subsistir ni progresar sin los restantes?

Los varios Valparaísos requieren más que nunca reunirse en una conversación junto a la hoguera, mas no a la de los incendios, sino a la del amable fuego comunitario que al caer la noche enciende un grupo de viajeros que marchan en una misma dirección y tienen que decidir el rumbo a tomar cuando llegue el nuevo día. Una conversación inteligente, imaginativa, leal, en la que nadie levante la voz ni menos golpee sobre la mesa. Una conversación que sea capaz de conseguir respecto del presente y futuro de la ciudad el acuerdo que siempre hemos tenido acerca de su pasado.

(Texto publicado en El Mercurio, viernes 25 de abril de 2014)

Memoria de las Cenizas

Luciano San Martín*

“La ceniza iguala a todos”.

Séneca

Desolación.

Desolación sobre el territorio. Desolación, en las miradas de los habitantes. Lágrimas silenciosas surcando los rostros, en la mitad de un paisaje atterradoramente vacío y negro, mientras militares armados caminaban fantasmalmente sobre la devastación. Más parece un bombardeo que un incendio. Esa es la imagen que retendrán en su memoria, quienes vieron el día después del siniestro, que destruyó parte importante de la parte alta de la ciudad de Valparaíso.

Tratar de escribir sobre *las memorias de las cenizas*, involucra aclarar que la memoria, como facultad humana, posee algunas características a saber: a) no es necesariamente racional (los modelos de organización de sus contenidos obedecen a factores tan diversos como los emocionales, corporales y situacionales); b) la

* Académico Facultad de Arte y Director del Centro de Estudios Patrimoniales de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso. Secretario Ejecutivo de la Comisión de Patrimonio, Paisaje y Territorio del Consejo de Rectores de Universidades de Valparaíso (CRUV).

memoria es corporal (evolutivamente obedece a las posibilidades y restricciones del cuerpo, comprendido como ente diverso y cambiante); c) la memoria es emocional (parte con la experiencia del cuerpo pero luego sigue la dirección semántica y pragmática que los contenidos y situaciones emocionales le dan); d) la memoria es social y colectiva (la memoria individual se articula con el sentido social que también crea contenidos para la memoria y además acota las posibilidades de reconstruir y representar la realidad al interior del sujeto y del grupo); e) la memoria es cultural (es productora de cultura y se alimenta de ella en tanto participa de los contenidos semánticos aceptados y articulados por ella); f) la memoria olvida (selecciona los contenidos que permanecen accesibles al recuerdo, optimizando con ello, el funcionamiento del sistema cognitivo).

¿Qué pasará, entonces, con estas memorias corporales, sociales y emocionales de los habitantes?

¿Qué ocurrirá con la memoria de estos territorios devastados y desolados?

¿Qué destino tendrán estas imágenes de memoria de quienes fueron testigos del día después del incendio?

No es este, un ejercicio habitual de memoria y territorio, la *memoria de las cenizas*, nos obliga a resituar la perspectiva tradicional de relación con el pasado, redefiniendo la urgente necesidad de raíces y anclajes que

caracteriza la sociedad conmemorativa del Valparaíso patrimonial.

Tampoco es esta, una reflexión sobre los límites, posibilidades, convergencias y antagonismos de la historia y la memoria al estilo de Nora, Ricoeur, o, Todorov.

Este ejercicio de memoria, define al territorio, al habitante y a la institucionalidad local, desde una dimensión política.

El territorio, desde hoy (siempre lo fue), es profundamente político. La memoria social, corporal y emocional de la ciudad así lo ha definido, el encuadre situacional así lo ha permitido. Quizás el tiempo posibilitará nuevos enfoques, la memoria es dinámica y siempre evocada e interpretada desde el ahora.

Por lo pronto, el ahora, es una coyuntura política. El mañana también lo será.

Aequat omnes cinis (La ceniza iguala a todos), la célebre frase de Séneca, refiriéndose a la igualdad frente a la muerte, se puede perfectamente transferir a esta situación, las cenizas del incendio nos igualan a todos como habitantes. La falta de planificación y de mirada proyectiva del poder político local nos golpea a todos como ciudadanos y habitantes.

La gestión del patrimonio, la planificación urbana, el confuso destino del borde costero, una institucionalidad colapsada y la ausencia de soluciones concretas para demandas de larga data en la historia de

Valparaíso, se arrumbaron como yesca, hoy, tenemos un incendio político, ¿cuánto durará y quién lo controlará?

En días recientes, hemos sido testigos, de una fuerte arremetida de la masa crítica local, la evidente fisura existente en Valparaíso entre *saber y poder* consignada por Justo Pastor Mellado nos parece de primera importancia, la reunión de estos mismos textos gracias a Perseo Ediciones, es una clara muestra de ello.

Desde hace años, intelectuales y académicos locales han hecho notar la notoria falta de planificación sustentada en paradigmas sociales que tengan como propósito final mejorar la habitabilidad de la ciudad, contrario a ello, las administraciones han ejecutado obras y proyectos que en ocasiones cuestionan el destino mismo de Valparaíso, obviando factores de identidad, historia y memoria social que conforman la base de la riqueza del lugar.

Este contrasentido político, unido a un confuso panorama institucional público, un gobierno comunal colapsado -y en ocasiones atado de manos- por ausencia de mayores herramientas y normativas, y, la ya evidente ausencia de participación ciudadana en las grandes decisiones que afectan la vida de la ciudad, no han hecho otra cosa que generar esta coyuntura ciudadano-política catalizada por el incendio.

Durante estos días, se han generado numerosas propuestas desde el sector académico, público y privado.

El lunes 28 de abril, en un encuentro realizado en la biblioteca del Congreso Nacional a propósito de la “reconstrucción de Valparaíso” post-incendio, profesionales y técnicos del mundo público, privado y académico entregaron numerosas propuestas para concentrar esfuerzos y ser capaces de planificar el desarrollo urbano de la ciudad. Del mismo modo, lo ha hecho la Municipalidad en encuentros con diversas escuelas universitarias y profesionales independientes, y un sinnúmero de otras iniciativas y espacios de trabajo, que desde hace largo tiempo, se dedican a pensar la ciudad.

¿Qué pasará con las propuestas entregadas?

Se hace necesario terminar con la fisura entre saber y poder, se hace necesario que el enorme corpus de investigaciones, estudios y proyectos acumulado por las universidades locales de traduzca en poder político local y no sea una polvorienta bibliografía acumulada en la gaveta de la administración. ¿Por qué no ocurre ello?, ¿por la lógica jerarquizada y centralizada de nuestro poder político?, ¿por ausencia de voluntad política?

Las *memorias de las cenizas* evidencian que los paradigmas, procedimientos y estilos de trabajo hasta ahora desarrollados son insuficientes. La ausencia del habitante, como protagonista de su propio futuro y constructor de condiciones de habitabilidad pertinentes a su memoria e identidad, se hace insostenible. El eje de tensión entre el habitante y el poder político local no aguanta ni un torque más.

Estas memorias inscritas en los cuerpos de los sobrevivientes del incendio, conformarán, una nueva forma de emoción social, este es el momento de definir el futuro de la ciudad en base a la redefinición de nuestra relación, aproximación y comprensión de nuestro pasado.

¿No es ese acaso el objeto último de la memoria?

Aquí hablamos de memoria social, de fenómenos psicosociales, de tejidos socioculturales que definen percepciones y realidades sociales y políticas. El acto de evocar, la memoria (e incluso el perdón y el olvido) son esencialmente y por definición elementos constructores de futuro.

Hoy, *la ceniza nos iguala a todos*, nuestros cuerpos son *un lugar de memoria*, la ciudad tiene la obligación de salvaguardar el mayor de sus patrimonios: el habitante (y la confianza y el deseo de querer habitar).

El desliz imperial

Gonzalo Undurraga*

Un espejismo con forma de bahía, que ofrecía refugio a los navegantes perturbados por la furia del encuentro patagónico con el “pacífico”, es hoy la utopía deconstructivista que nos consume, en medio de *esa* ruta crítica. Ya nadie sabe, en la lógica del argonauta ido, si la tierra que nos soporta es firme o arenosa. La ciudad no fundada carece de política. Euclides ha muerto.

Sal, agua dulce y madera del bosque fueron la energía para cambiar el nombre de Alimapu a algo parecido al paraíso (sortear el Cabo de Hornos no era cosa de niños). Durante el par de siglos de reordenamiento europeo, la larga y angosta faja cobró significado. Redescubrir la América detrás del gigantesco murallón, analizar la placa sub continental que lo empuja y entender —en la lógica capitalista de la globalización temprana— su valor en onzas, luego de sospechar —en la lógica naturalista— un improbable “centro de creación”, fueron todas ellas conspiraciones que permitieron levantar en 70 años una entelequia, o lo contrario a una ciudad, un artefacto.

* Arquitecto.

La mutación de Colonia a República fue el catalizador. La desventura Magallánica fue reemplazada por una liberación ordenada de exploradores. Independencia con cambio de Imperio. El *homo chilensis* y su hinterland, su bella catástrofe, acuciosamente recogido en los cuadernos. De O'Higgins a Cochrane. Thompson, Condell, Lynch: la Guerra del Pacífico fue un pequeño suspiro para *Her Majesty The Queen*. De Darwin a la Williamson Balfour: un experimento cultural, sobre un suelo eruptivo productor de un sistema catastrófico permanente y capitalizable.

Sincretismo del Hombre –Tapa– Hoyos.

El trato de la Emergencia es una simbiosis entre el combate a la catástrofe y la re construcción. El caos como orden. Existe incluso una transfusión cultural entre la catástrofe y el ocio. El gran observatorio abstracto del ciudadano crece hoy como una Torre de Babel, dado que la conspiración se produjo al quedar estampada la impronta Real del explorador, dejando miles de huérfanos que durante décadas intentaron reproducir el conocimiento, la sabiduría, la lectura de instrumentos, *the state of the art*.

Surgió naturalmente la ciudad intersticial, cuya lógica campesina guardaba desde la Colonia el sentido consumado de la Emergencia. La herencia ingenieril fue adaptada, anquilosada y apareció la orgánica del asentamiento barrial. Su sustentabilidad ambiental dependió siempre de la autonomía territorial, en la lógica del ais-

lamiento asistido. La falta de acceso sí fue garantía en un principio para la aparición del verdadero jardín del edén porteño.

Así, el artefacto, reliquia temprana y aún en uso, permitió la coincidencia de dos realidades para formar finalmente un nuevo explorador –habitante. Aquél que, ingenuo frente a la magia e ignorante de la historia, simplemente actuó. El agua y el fuego fueron el gran desafío siempre. Para todo lo demás existían los volantes.

Quillayes, boldos, peumos, parras, higueras, alcayotas, burros y caballos. Un mercado abajo y el campo arriba. La globalización temprana y el capitalismo abajo, muriendo. Los nuevos oficios del tipo hombre –tapa– hoyos configurando la nueva orilla, arriba. El Estado, abajo. Dilapidando sus reservas en decenas de hectáreas artificiales para un borde productivo. La proeza ingenieril subcontratada abajo, versus la improvisación del artesano arriba.

El ocio y el mito nacen de la contemplación del proceso. Ciudad no fundada, jamás se consolida. Así, el resultado será *el proceso*. Perfecto para la acción creativa. Tras una buena pateadura del tablero (digamos, cada cien años) aparece una persistencia cada vez más debilitada.

Futuro esplendor del colectivismo resiliente

Una verdadera atomización de iniciativas reconfigura el debate ante este nuevo fondo de pantalla descolorido. Esta re-velación del Alimapu nos apura a encontrar la salida, a desempolvar instrumentos, a medir quebradas, invocar mecánicas de suelo y aplicar bio construcciones de emergencia. Todo vale y nada vale. En un estado de urgencia desatendida y a la vista, en este remanso dentro del caos, divergen todo tipo de teorías, planes y socializaciones.

Convergen las acciones en terreno del día. La remoción de escombros, la comida, el saludo de esta nueva interacción cultural frenada por décadas. La esperanza es que el remanso en el caos ofrezca la oportunidad de consensuar una revolución urbana. Así, el ideal planificador de la doctrina espacial, se reemplaza por un ideal colectivo de urbanismo manual, improvisado y descalzo, de la autoconstrucción intransigente y el voluntarismo heroico que no vacila en su interpretación del territorio, como si fuera un nuevo proselitismo re constructivo. Los teóricos se lamentan, los articuladores se desvelan.

La lluvia no lava la herida si no que la infecta. El discurso higienista rebrota igual que la bacteria que desde la tierra consume los cimientos de una comunidad azotada por la belleza de su territorio. El gran extintor urbano que debe construirse, es una afrenta a la identi-

dad local. La integración entre la visión objetiva de futuro y la conservación necesaria del al menos una imagen del pasado, se diluye en el día a día de los que tienen que reconstruir su intimidad.

El vacío de la autoridad local que no deja de mirar a Santiago, revela el chupón intelectual de una capital que durante décadas ha terminado por consumir cualquier diagnóstico patrimonial, urbano regional, marítimo y americano. Un sistema obsoleto, que abandona el legado universal del explorador - habitante y solo ve un sub territorio sin masa crítica, con algunos industriales de pasada por el puerto, más un incipiente turismo culinario, envuelto por una población juvenil cada vez más flotante. Motivos suficientes para comprar un departamento, pero no como para prever el manejo del gran hervidero al otro lado del túnel Zapata.

El estallido mancomunado de pobladores, dirigentes, estudiantes y probablemente académicos, finalmente determinará si esta bipolaridad histórica colonial imperialista, amerita un nuevo manifiesto ciudadano que clama por reconstruir no solo un barrio, o unos cerros, sino que una identidad, un nuevo trato ciudadano, considerando que un bien básico es la ciudad, la plataforma construida por todos, de acuerdo a nuestras posibilidades, más allá de nuestros orígenes, herencias y migraciones. El fin del *laissez faire* porteño y el comienzo de un nuevo pacto portuario -porteño, modelo de un país distinto, quizás...

Valparaíso indeterminado: entre la tierra caliente y la neblina teórica

Alberto Texido*

Hace unas semanas y sorprendidos –de lo tantas veces advertido-, iniciábamos otro análisis reflexivo de la última catástrofe de Valparaíso. Hoy vemos como desde una especie de mal acostumbrada e indómita esencia patria o patrimonial, se iniciaron acciones entre miles de donaciones de horas y bienes, demostrando una lamentable –comprensible, aunque difícil de aceptar- tardanza de la eficiencia postraumática financiada por el Estado y sus descoordinaciones entre Nivel Central, Gobierno Local, Sociedad Civil y Ciudadanía. Cada tarde sin información vuelve a evidenciar una aun no lograda administración de la emergencia, que sin querer darnos cuenta, va voluntaria o involuntariamente retardando y encareciendo toda solución de fondo.

Entonces, contra todo discurso analítico - que paradójicamente olvida, recuerda y olvida nuestra tan insufrible condición de “país en riesgo”- ¿estamos

* Arquitecto, PhD, Académico de la Universidad de Chile, Editor Plataforma Urbana, Co-fundador Corporación Metropolitana, Bombero Voluntario CBN.

presenciando acaso la construcción de una ciudad aún más precaria y segregada que la anterior ya calcinada?

El desafío actual es igualmente complejo: el aterrizaje de la neblina teórica -desprendida, distorsionada y utópica- sobre una realidad de amenazas a la sobrevivencia, la aplazada comprensión de los procesos que irán desde la emergencia hasta el plan, la velocidad del cumplimiento de los compromisos en el tiempo, demostrando todo que tristemente el subdesarrollo, más que un problema de dinero o recursos, ni menos una suma de buenas voluntades, se constata como la gravísima y desconfiada incapacidad coordinadora, que solo superando los intereses del populismo cortoplacista, comprendería la dirección que tome un largo, intermitente y probablemente inconcluso "otro proceso reconstructivo".

Pero es que después de tantos dichos y hechos, no todas nuestras etiquetas podrán seguir siendo tan obvias. Mientras representantes y representados debatimos respecto a si la solidaridad es sólo momentánea -léase caja de alimentos o ropa donada a damnificados- o incómodamente es asumida como acción colectiva permanente -dígase reforma tributaria y educacional-, se nos abren nuevas preguntas, que van más allá de las obligaciones que suponemos propias del Estado, cuando desde la misma acción colaborativa se nos cruza la reformulación, del qué hacer cuando nuestra propia mano, junto a muchas más en un tumulto bien

intencionado, pero que se torna maraña de uñas y pieles, termina siendo mordida por el supuesto necesitado, lanzándonos en la cara la sorprendente disyuntiva que cruza el límite, allí donde el voluntarismo termina de ser una obligación. Casi sin querer, la vilipendiada inequidad, tan propia de nuestro eterno umbral al desarrollo, parece sorprender con un culpable a cada bando, la ambición y la desidia en contra de la terquedad y la mismísima desidia, que sólo eterniza la pobreza de cada extremo, con muros que ante la advertencia desoída se levantarán para caer una y otra vez.

Una catástrofe tras otra, tendremos trabajo material permanente, junto al desafío intelectual de hacer de nuestras ideas y discursos -hoy casi inútiles- materializables en la tantas veces esquiva mejor ciudad, deformada desde nuestro amenazante entorno, pero más aun de la dureza de superar alguna vez al menos una de las malas costumbres del subdesarrollo, la de mantener a la ciudad invisible y despriorizada, esa que nuestra propia elite política y económica confunde con una cifra de empleo, una sigla PIB o un aislado apadrinamiento de una recóndita escuela.

Las lecciones del pasado son evidentes, donde sin orgullo cada desastre ha legado algunas grandes decisiones: la autonomía regional, metropolitana y municipal con un redestino del presupuesto hoy desterritorializado, que además asuma una reconstrucción que solo vale la pena si es definida como integral, sacando a Valparaí-

so del margen, asumiendo el cerro, el plan y el borde como sistemas entrelazados, para corregir, por ejemplo, la tendencia previa hacia la "defensiva" política de destrucción extraterritorial, reasumida para la prevención, extinción y reconstrucción interna.

Y es que nuestra historia nos funda sobre procesos reactivos, incapaces de prevenir pese a la advertencia, esa buena idea que entre la polvareda pueda surgir para contrarrestar la gravitacionalidad que desde hace un siglo se llevó dineros, ideas e iniciativas, suponiendo un conquistado que retoma conciencia de conquistador, pretendiendo recuperar esa aspiración perdida del autodeterminismo formal y funcional de la ciudad, desde y para sí misma, que se inicie ahora aunque sea, prácticamente con lo que quedó de ella.

La gestión urbana y del riesgo en la economía de Valparaíso

Pablo Andueza*

Lucro y ciudad

Uno de los méritos que destaco más del movimiento de los estudiantes de los últimos años ha sido poner en relieve las inconsistencias de nuestro orden político y económico que ha puesto al lucro como un potente mediador en las relaciones entre el Estado y la sociedad civil.

Entronizando la subsidiaridad como principio rector de nuestro régimen constitucional, el Estado de Chile delegó parte importante de las funciones que había acaparado a lo largo del siglo XX a favor de sujetos no estatales o privados dispuestos a asumirlas a cambio de una rentabilidad, la que está -de una u otra manera- garantizada por el propio Estado.

Dio la impresión por mucho tiempo que el nuevo trato del Estado hacia la sociedad civil logró cumplir en forma razonable las expectativas, al menos de dos actores relevantes del juego de la delegación de funciones públicas; por una parte, el Estado estaba satis-

* Abogado. Académico de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Dirigente de la Junta de Vecinos de Cerro Alegre.

fecho al constatar que, sin crecer demasiado en volumen, se ampliaba la cobertura de atención de necesidades sociales; y, por la otra, los actores privados o empresas se fortalecían gracias a la provisión de servicios públicos.

Vuelvo a los estudiantes. ¿Qué inconsistencia denuncian masivamente los jóvenes del país de este orden? Que el modelo de delegación y lucro (específicamente en el sistema educativo), no beneficia igualitariamente a la población pues si bien una parte de ella es mejor atendida (ciudadanía con mayor capacidad de pago), otra parte y mayoritaria es peor atendida (ciudadanía sin esa capacidad).

Es bueno arrancar en este artículo recordando que el juego de la subsidiariedad ha operado no solamente en la educación, sino que, desde hace varias décadas, las ciudades chilenas han sido gobernadas desde esta lógica. Las corporaciones municipales y otras reparticiones no han renunciado a planificar, es cierto. Tampoco puede decirse que el Estado dejó de financiar obras públicas. Sin embargo, su responsabilidad mayor ha consistido en capturar la inversión privada, la que, en nuestro modelo, es factor clave en el progreso de las ciudades.

De inmediato hago una aclaración. La crítica cada vez más amplia hacia el lucro tiene sentido para mí en la medida que se dirija contra el orden político que alienta la delegación a favor de empresas privadas de

funciones públicas, sean educacionales, sean urbanas, lucro mediante. Porque, como ha argumentado lúcidamente Fernando Atria, establece una grave diferenciación estructural de los públicos (es decir, que es inherente al sistema y no contingente), a saber, entre quienes pagan (por los mejores servicios públicos) y quienes no pagan (por los peores servicios)¹¹. El lucro en general, y el *homo economicus* que lo persigue, están fuera del radio de mis cuestionamientos.

La ciudad en riesgo

Formulo a continuación el argumento central de este artículo.

La gestión del riesgo en nuestro país estaría alejado de las preocupaciones políticas prioritarias porque en este dominio no ha operado con éxito la delegación de funciones públicas, ni se han sabido encontrar buenas alternativas para la participación de las empresas privadas; en otras palabras, en la provisión del riesgo existiría algo así como un fallo de mercado¹².

¹¹ Fernando Atria, *Veinte años después. Neoliberalismo con rostro humano*, Catalonia, 2013. Esta desigualdad es inherente, según Atria, toda vez que si los servicios de los pobres (gratuitos, subsidiados) llegan a competir en calidad con los de los ricos (pagados) el sistema entra en crisis por el trasvase de usuarios hacia los servicios gratuitos.

¹² Esta argumentación que haré sobre el riesgo y la falla de mercado la tomo, por vía analógica, del tema de la gestión del patrimonio cultural abordada en el libro en que cumplí la función de editor y

Permítanme preparar mi argumento a partir de observaciones respecto de algunas áreas de riesgos con las que he tenido mayor proximidad por razones de tipo personal o profesional. Me referiré sólo a aquellas que aplican a la ciudad que nos convoca.

1. La pérdida de integridad del patrimonio cultural.

Estando en manos privadas el desarrollo de las ciudades, la lógica de la intervención en su llamado “casco histórico” ha apuntado en dinamizar el mercado patrimonial. Y en esto, justamente, se ha esmerado la autoridad política en Valparaíso: otorgar subsidios para el fomento de emprendimientos (CORFO), aplicar subsidios de rehabilitación para viviendas (MINVU), o realizar inversiones públicas a fin de desencadenar iniciativas económicas privadas (PRDUV).

En contrapartida, mirando el fenómeno desde la óptica de la gestión de riesgos, se observa que una parte minoritaria de la inversión pública patrimonial se ha dirigido a esta tarea¹³ y, por otro lado, el control de la carga sobre barrios o edificios patrimoniales (a propósito de multiplicación de actividades, cambio de usos o expulsión de

coautor: *El patrimonio cultural como factor de desarrollo*, Univesidad de Valparaíso, 2008.

¹³ Aquí cobra todo sentido la crítica ciudadana a las políticas de embellecimiento de fachadas porque hace olvidar de los requerimientos de manejo de riesgos, en especial por incendio o plagas. Mención honrosa merecerían en cambio los programas de manejo de quebradas financiados por el PRDUV.

habitantes) ha estado hasta ahora ausente. La explosión de gas natural y el incendio posterior sucedido en la calle Serrano en febrero de 2007 resume gráficamente lo que estamos diciendo.

2. Inundabilidad en caso de tsunami

En los bordes de la zona de protección patrimonial de Valparaíso, la prevención de riesgos también parece estar descuidada ocurriendo como en el ámbito anterior un mismo fenómeno de delegación truncada de una función pública. Que los particulares “carguen” en exceso barrios o edificios monumentales de atractivo turístico, o deshabiten aquéllos que no poseen esa cualidad, es algo de naturaleza no muy distinta a que “carguen” en exceso zonas costeras de inundabilidad, concentrando actividades actualmente emplazadas en otras áreas urbanas¹⁴. Ambos tienen un denominador común: nadie asume a cabalidad la función pública de gestión de riesgos. En otras palabras, el mercado no internaliza los costos de oportunidad propios de la prevención, mientras el Estado acepta este estado de cosas para no arruinar la activación urbana.

En otro momento se hizo un análisis más detallado de las concesiones que ha tenido que hacer el

¹⁴ La comparación entre el abandono de barrios y bienes patrimoniales, como acontece con el Barrio Puerto, es válida para el eventual abandono de áreas de la ciudad, como El Almendral, que no podrán competir con el atractivo uso comercial del borde costero.

Estado para factibilizar el proyecto de “Puerto Barón”¹⁵. Una de ellas tuvo que ver con los riesgos asociados al lugar en que quiere servir de albergue a centros comerciales que podrían recibir hasta a seis mil visitantes al mismo tiempo. ¿Qué otra explicación distinta de la reactivación urbana en contexto de lucro en la ciudad puede haber justificado la autorización de infraestructura mayor en terrenos costeros expuestos a la inundabilidad y cercados por una línea férrea?

3. Vulnerabilidad en zonas periféricas

Por fuerza debemos terminar el análisis con el drama vivido por cientos de familias en los cerros de la ciudad en este último mes de abril.

¿A quién le corresponde asumir la función de prevenir los riesgos de los campamentos encumbrados en los cerros y quebradas de Valparaíso? ¿Tendrán acaso los propios pobladores este rol por haber optado a vivir en áreas de riesgo *sin haber sido invitados a hacerlo*?

A mí me parece que el ciudadano de la ciudad es una función pública, y que por ende su abordaje debe corresponder al Estado o a quienes éste haya delegado esta función. En las zonas periféricas de mayor riesgo, ocupadas mayoritariamente por familias pobres, el modelo de delegación a privados, por sus complejidades y altos costos, no me parece que tenga por ahora viabili-

¹⁵ Pablo Andueza y Pablo Aravena (Eds.), *Valparaíso reclamado. Demandas ciudadanas de la Ciudad-Puerto*, Perseo Ediciones, 2014.

dad alguna; ni a favor de empresas constructoras, Egis, ni a favor de Municipalidades desfinanciadas.

La participación ciudadana y riesgo

El orden político chileno, que llamaremos neoliberal, a causa de la primacía de las relaciones estrechísimas entre Estado y sector privado, precisamente para hacer posible la delegación de funciones públicas, tiene el costo de debilitar a la ciudadanía como actor político. Es que en el esquema de la subsidiariedad, la ciudadanía más interesante resulta ser la de los consumidores y usuarios individuales, los cuales, evidentemente, no pueden participar en la provisión de servicios públicos.

Ahora bien, en mi opinión, desde la Agenda Pro-participación ciudadana (2006) en adelante, se viene produciendo un sutil fortalecimiento de una segunda delegación, esta vez a favor de comunidades organizadas. Plebiscitos comunales, procesos de consulta, presupuestos participativos, cuentas públicas y transparencia, por citar sólo algunos instrumentos de participación política desarrollados en los últimos dos lustros, están indicando la progresiva instalación del sujeto social como actor político, una permeabilidad comunitaria del modelo neoliberal.

En el desarrollo urbano la participación de las comunidades resulta ser todavía contestataria. Las co-

comunidades se oponen a proyectos ante los cuales se teme produzca deterioro de calidad de vida. Sin embargo, la provisión de servicios sigue operando estrictamente bajo el modelo de delegación privada. Ante la ausencia de delegación en privados y el debilitamiento de los dispositivos estatal, en la gestión en la mitigación ante catástrofes, en cambio, las comunidades resultan ser protagonistas por defecto.

Con los aires nuevos de la política en Chile tras la emergencia de los estudiantes sería muy bueno comenzar a mirar qué efectos ha producido la subsidiariedad en la ciudad chilena y a pensar en un modelo comunitario de vida urbana y gestión de riesgos. En otras épocas, en Chile y Valparaíso, funcionaron formas cooperativas de construir ciudades en las cuales las iniciativas podían ser tomadas tanto por lógicas de mercado cuanto por los mismos usuarios de las ciudades. Allí se da un caso en que el monopolio de mercado se contrarrestaba con la fuerza del capital social de las ciudades produciéndose mayores posibilidades para las comunas pobres o comunes y corrientes.

Una imagen del desastre

Pedro Donoso*

I.

Es difícil hacerse hoy una idea medianamente adecuada de las dimensiones que alcanzó la destrucción. La frase anterior ha sido directamente tomada de un libro. Al omitir las comillas de la cita se evidencia una situación flagrante: se trata de una frase tan cercana al cliché que parece haberse vuelto moneda de cambio. Hay que usar clichés, frases hechas para salir al paso de una condición donde nada puede expresarse: cada desastre es un desafío a la imaginación, un llamado a pensar sobre las ruinas en un momento en que no queda espacio para pensar. La frase inicial señala, por lo tanto, el límite de lo que se puede decir, el momento de la imposibilidad que se concentra en una pieza semántica intercambiable, el certificado de que, lo que ocurrió en los cerros de Valparaíso entra en la categoría de lo inimaginable.

El cliché, por otra parte, es consecuencia del silencio que propaga la desgracia. No, hoy ya no podemos hacernos una idea medianamente adecuada. Podemos construir una versión fragmentaria, una cita sin referen-

* Traductor literario e investigador en artes visuales.

cia. Un recuerdo nuevo, sin materiales que le den sustento. Tal como una victoria absoluta es lo más semejante a una derrota, un desastre total invoca la idea del arrasamiento estructural, de lo incomprensible, de lo que irreductible. Ya que no es posible hacerse una idea, estamos obligados a proceder con relatos directos y parciales, descripciones, expresiones que tapan la desgracia como se cubre el cadáver del accidente de carretera. Escribir en estos términos tiene, forzosamente, algo de un gesto testimonial fallido. Estas palabras no son lo que ocurrió y, sin embargo, no queda otra opción que hacerlas comparecer como un comentario irreparable. Desde las cenizas. Bajo esa premisa, aceptar el encargo de escribir aquí es, necesariamente, arrogarse la posibilidad de comenzar a inventar una memoria.

II.

La mañana del domingo 13 de abril subimos al cerro Las Cañas con la intención de ser de utilidad. En un principio era repartir agua, subir a personas en la camioneta. Habíamos hecho sesenta sandwiches apresurados que no sabíamos dónde repartir: en mitad de la consternación general parecían una bandeja de huevos en una pista de baile abarrotada. Comer no. Comer sí. Arroz. Alimentos no perecibles. Artículos de higiene personal. Todo lo predecible. Y ropa: una cantidad hipócrita de ropa amontonada en cada espacio

visible. Una invasión desconocida de vestimentas como cuerpos vacíos, amontonados. Casi Matthausen.

En esos días la gente electrificada por los acontecimientos y la urgencia por ayudar como un impulso acezante, imperioso, ciego: un mar de brazos y corazones que luchando por tratar de abrirse paso. Los autos atascados en las calles hacen lo mismo. Aquel día 13 logramos subir hasta la toma la Antena en el Vergel alto, entre latas humeantes para trasladar víveres, agua, mantas. Cada viaje era un suplicio extraño hacia el fin de un día. Otro cliché: cuando agonizaba el día. Y ese día agonizaba más que nunca, ceniciento y tembloroso. Esa noche, sin suministro eléctrico, entre los camiones que intentaban subir y bajar al mismo tiempo, conocimos a la única persona capaz de ver más allá de la batalla: Rodrigo, 14 años, sereno, con un pasado largo y lleno de obstáculos vencidos. Él nos guió hasta la toma. Llevamos leche. No lo volvimos a ver.

Los días siguientes corresponden al hormiguero humano. Parecido a las fotografías de Sebastiao Salgado o Alfredo Jaar, miles de personas escarbando entre los restos, levantando latas, removiendo escombros en lo que parecía una faena agrícola colectiva desproporcionada o la construcción de una pirámide de restos calcinados sobre un terreno en desnivel entre los troncos carbonizados de los árboles que no alcanzaron a escapar. Y repartidas por ese erial siniestro, como para señalar el avance de la reconquista, las banderas en cada

casa como primer y último orgullo de una tierra patria. Pero todo eso está en la prensa. Todo eso tiene registro fotográfico, contado por espeluznantes parcialidades de la prensa, sensacionalismo y distintas expresiones de voluntarismo desatado que por estos días comienzan a remitir.

III.

No habiendo entrado nunca antes a estos sectores de la ciudad sólo he retenido las imágenes de la desolación. Un territorio bombardeado, el espacio donde ocurrió lo inimaginable. Pienso en Hiroshima también, desaparición forzosa de todo límite por decisión presidencial. “Tú no has visto nada en Hiroshima” repite el protagonista en la película de Alain Resnais. Yo no he visto nada en los cerros quemados de Valparaíso, mi amor.

Es una mañana de bruma cerrada en el cerro Las Cañas y cuesta circular por las calles acordonadas por metros de latas quemadas. No he visto nada. Nunca conocí esta ciudad imposible. Sólo esa tarde, tratando de levantar un mapa en Google Earth descubro la imagen de la ciudad perdida. Tres días después del incendio, una aparición forzada por la tecnología virtual: gracias al street view del mapa de Google puedo recorrer bajo un día de sol en la pantalla del computador las coloridas casas de la calle el Vergel, doblar por Ruiz Tagle, pasear

por el pasaje Los Chonos, el almacén de la esquina, la casa de la señora Rosa... todo lo que desapareció ¿Un adelanto visual sin memoria, una fantasmagoría? Gracias a Google pervive la réplica guardada por las cámaras. La memoria buscada es ahora una fantasía digital de estos barrios quemados. Nada real: sólo una comprobación más de que internet sostiene al mundo. Una posible imagen del desastre, tal vez. O una reafirmación tardía de que nuestra memoria ya está guardada digitalmente en algún datacenter en California. Aunque sin el persistente olor a quemado.

El incendio que vivimos, los pobres que vimos

Pablo Aravena*

“Desconfiemos, por lo tanto, de las palabras que acompañan la exposición de nuestros pueblos”.

Georges Didi-Huberman,
Pueblos expuestos, pueblos figurantes, 2014.

I.

Puede parecer obsceno ocuparse de los espectadores y no de las víctimas –al menos no directamente– de este último incendio de Valparaíso. Lo hago sólo luego de asegurarme que otros lo harán en este libro. Lo hago también “estirando” el concepto de víctima: los espectadores son también víctimas, pero del espectáculo de la catástrofe. Sin embargo no se trata de homologar experiencias para finalmente relativizar o disolver el dolor de quienes se vieron entre las llamas. Al contrario, se trata de indagar en la mediación que posibilita su visibilidad y que termina explicando la disposición que adoptan los espectadores para con ellos, pues en ese

* Dr. © en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Académico de la Universidad Viña del Mar. Profesor Auxiliar del Instituto de Historia y Ciencias Sociales e Investigador del Núcleo “Cultura política contemporánea y Espacio Público” (CD HCSA) de la Universidad de Valparaíso.

“aparecer ante el país” se efectuaría un segundo embate—nada natural, ahora puramente artificial o humano—que los haría *desaparecer* como sujeto, como pueblo. Si los espectadores somos víctimas del espectáculo, los pobladores lo son doblemente: despojados por el fuego y espectacularizados por los medios.

II.

Desde que desapareció el cine social, y vino a su lugar el cine patrimonial, que se nos habían perdido esas otras imágenes de Valparaíso, las que vimos ahora entre las llamas por televisión: las del cerro bien arriba y por el otro lado. Desde ahí precisamente partía la cámara de Aldo Francia en *Valparaíso mi amor* (1969), con la escena de un “cuatro”, práctica de subsistencia “bandida” típica del campo chileno, pero que el bajo pueblo migrado revitalizó en la ciudad-puerto una vez que sus expectativas de mejores oportunidades se frustraron, por allá a fines del siglo XIX. En ese momento Valparaíso se “ruralizó” y las quebradas, de este y el otro lado del cerro, comenzaron a llenarse de casuchas, chacras, gallineros y chancheras. Son esos cerros los que recorre el padre Jaime en *Ya no basta con rezar* (Aldo Francia, 1972), ya en una etapa avanzada (e ideal) de proletarización del puerto.

Pero esa elaboración visual del pueblo de Valparaíso ya no está disponible, no circula, paradójicamente en un momento en que estaría todo dado para que cir-

cule (está todo “en línea”). Sencillamente no es atractiva, diría yo resulta “indeseable” por “conflictiva”. Aunque no imparcial —pues el doctor Francia nunca lo quiso ser—, era ese un tratamiento visual razonado, es decir estaba hecho para “dar que pensar”, para ofender nuestros sentidos, y de entre ellos el que más nos engaña: el sentido común.

Ese Valparaíso desapareció de nuestra cultura visual. Aquel cine rojo fue proscrito por la dictadura, mientras que el Chile democrático (postdictatorial) privilegió otros productos culturales en su “apertura”. Privilegió “la cultura”. Y así Valparaíso se culturalizó por vía de su patrimonialización. De pronto los pobres eran solo los pobres del pasado y cuyas únicas prácticas eran la cueca chora, la venta de tortillas, motemei, el chinchín y el organillo. Pobres adorables que cumplían con reducir la sensación de inseguridad y angustia de los turistas, para que vinieran a mirar, a hospedarse, a cenar con vista al mar, y de paso dejaran algo a la economía local. (A falta de trabajo buenos son los turistas).

III.

Por un instante se interrumpió la postal patrimonial y los pobres de Valparaíso fueron visibles. Emergieron en los diarios y la televisión de la única manera que va siendo posible en nuestro país: como paisaje humano en donde peor golpea una catástrofe “natural”.

Es allí, donde viven los pobres, que los medios pueden trabajar como en una cantera extrayendo piezas de dolor, amargura y miseria para hacer noticias (para reconfortarnos en un “menos mal que a nosotros no”). Ya lo habíamos visto a propósito del terremoto del Norte Grande con Alto Hospicio, un lugar del que no sabíamos casi nada desde que un psicópata recorriera ese desierto violando y matando. Porque esta es la otra manera en que aparecen los pobres: violando y matando, siendo víctimas y victimarios de crímenes que supuestamente no se dan en ningún otro medio (la TV nos mostró hace poco como una mujer “celosa” asesinó a su amante y lo desmembró para luego hervir sus partes en una gran cazuela). Los pobres invariablemente se ven enredados con lo tremendo y lo inconcebible, con aquello que está siempre al límite de la humanidad. “Si se comportan así tienen lo que se merecen”. (Resulta abismante constatar cómo, pese a tanta tecnología mass media y su supuesto efecto democratización del saber, se extiende un hilo de continuidad entre aquellos modos de aparición de los pobres del siglo XVIII, que tan bien describiera Foucault en *La vida de los hombres infames*, y los nuestros: para que supiésemos algo de esas existencias grises éstas debían salirse de la norma, ser juzgadas y condenadas, era necesario que “se posase sobre ellas, una luz que les venía de fuera: lo que las arrancó de la noche en la que habrían podido, y quizá debido, permanecer, fue su encuentro con el poder; sin este choque

ninguna palabra sin duda habría permanecido para recordarnos su fugaz trayectoria”: “Jean Antoine Touzard ingresó en el castillo de Bicétre el 21 de abril de 1701: ‘Apóstata recoleto, sedicioso, capaz de los mayores crímenes, sodomita y ateo hasta la saciedad; es un verdadero monstruo de abominación que es preferible que reviente a que quede libre’”)

Esta vez aparecieron nuevamente para que no pudiéramos verlos. Aparecieron para ser desaparecidos. Porque esas imágenes televisivas eran inmediatamente domesticadas con el comentario ad-hoc del conductor del noticiero o el matinal, sumidas en el estereotipo del “pueblo golpeado”, “pueblo que se levanta”, el “vamos chileno” y la consecuente cadena “solidaria”. Lo mismo que con Alto Hospicio, nada se sabía de los cerros Las Cañas, Ramaditas o La Cruz hasta este “desastre colosal”. Nunca estuvieron dentro del inventario de lo fotografiable en Valparaíso, de los lugares que había que conocer. De la nada pasaron a una sobreexposición de semana completa en la TV y los periódicos (hasta ser sacados de programación, de la agenda noticiosa). Sí, los medios debían mostrar, pero como —muy en su lógica— nunca se habían ocupado de estas pobladas, poco se podía entender de qué se trataban esas vidas. La nota o el reportaje no pueden más que “rozar la realidad” y por tanto encubrirla en buena medida. Como advirtiera Benjamin a propósito: “la práctica del reportaje cuyos clichés visuales no tienen otro efecto que el de suscitar

por asociación, en el que mira, clichés lingüísticos” (*Pequeña historia de la fotografía*, 1931).

Entonces el pueblo de los cerros de Valparaíso ha perdido sus casas y sus bienes, pero también han sufrido el despojo de su imagen, han aparecido a costas de no ser ellos. Es otra censura, quizá más eficiente que la usual, la que se ejecuta en “la sobreexposición, el espectáculo, la piedad mal entendida, el humanitarismo gestionado con cinismo” (Didi-Huberman, *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*, 2014).

Los pobres expuestos en su integridad constituirían una verdad demasiado insoportable para la ciudad Capital Cultural de Chile. Son nuestro “documento de barbarie”.

No me ayude tanto compadre

Marcelo Mellado*

Puerto desolación

La toponimia porteña no es catastrofista, como por ejemplo, la magallánica, determinada por el aislamiento territorial. No puedo dejar de acordarme de Puerto del Hambre, Bahía Desolación y otras que aluden a situaciones históricas espeluznantes de pioneros tratando de fundar territorio. La toponimia porteña es casi paradisiaca o alude a algunas fantasías heroicas propias de la voluntad republicana. Su ubicación y su destinación político administrativa la blanquean, a pesar de una historia con episodios impresentables para la linealidad histórica, que siempre es un relato plano y sin sobresaltos. No vamos a hacer aquí el levantamiento de nuestras vergüenzas salpicadas de crímenes institucionales y de algunas masacres propias de la consolidación de ciertos procesos políticos, y ni hablar de la última batalla de la guerra civil del 91 que es uno de los episodios más oscuros del republicano país.

No quiero decir ni pensar que Chile ama sus catástrofes o que este país de destinación culpógena, católico-jacobina, las utiliza como performance identita-

* Escritor y Profesor de Castellano.

ria para autoafirmarse como entidad. El mega incendio porteño nos pone en una situación para nada inesperada, aquí la catástrofe no es necesariamente una sorpresa o un quiebre de una continuidad, parece ser un sistema de vida, incluso de convivencia. Lo que pasa es que esto ocurre en momentos en que se ha inventado una ciudad insostenible, los grupos de interés y de poder que han sustentado sus tópicos más relevantes, como el de ciudad puerto o el registro patrimonial, deben asumir que el efecto de realidad le quita verosimilitud a sus relatos. Estamos hablando o escribiendo de un Chile no metropolitano que busca obsesivamente institucionalizarse. Si bien no quiero decir exactamente eso que se afirma al comienzo, quizás constituya la tesis de una ficción posible.

Sí quiero decir que tenemos pocas posibilidades de ser felices, al menos desde cierto registro crítico de la ficción, ésta es sólo posible para los que atienden nuestras heridas directamente, es decir, para la histeria ayudista o para el modelo parroquiano de asistencialidad que puede ejercer directamente su superioridad moral y material frente a una alteridad que está puesta en lugares que llaman al desastre. Ni siquiera esta felicidad es posible para los administradores de la catástrofe que deben padecer el estigma de la culpabilidad.

No se pretende sospechar más de lo necesario de la voluntad de ayuda, pero es obvio que esta funciona bien cuando hay un Estado ausente o abandonico que

no está para todos. Sí podemos rechazar el eventismo de la televisión abierta que nos envía sus rostros para hacer espectáculo de nuestra vulnerabilidad y de nuestra inferioridad material y social. Pero no debíamos dudar de esa movilización solidaria de nuestros vecinos, porque ella siempre es necesaria y tiene sus formas ancestrales, y sus modos específicos que la convierten en un sucedáneo de la piedad o en una estética de la caridad. Las teletones de todo tipo, en cambio, sin dejar de validar su astucia y eficacia, dan cuenta de un Estado que no es capaz de hacerse cargo de la diferencia.

Poética de la desconfianza

Una siquiatra me decía en alguna oportunidad que la peor ayuda es la que no se pide, aquella que se te impone como certeza de una omnisciencia y omnipotencia oligárquica. Bien sabemos nosotros que la ayuda de los ricos y poderosos muchas veces tiene esa impronta, incluyendo la histeria de anonimato que suele escenificar la falsa humildad.

Pocos días después del incendio viajaba en un bus de Santiago a Valparaíso y fui testigo del traslado de universitarios ayudistas, provenientes de una universidad de esas llamadas progresistas, cuyo objetivo era colaborar y solidarizar con los vecinos damnificados de la ciudad puerto. En sus conversaciones se notaba con mucha claridad su compromiso ideológico. En una de

sus pláticas levemente ingenuas discutieron de lo que significaba ser marxista. En ese mismo contexto fui testigo de una asamblea universitaria que pretendía continuar un paro solidario para continuar las labores de ayuda a en los cerros siniestrados en la que participaban “compañeros” que provenían de otros colectivos, también de la capital, que no sólo eran universitarios. En sus intervenciones se expresaba manifiestamente el sentido político de la acción solidaria. Para ellos, no cabía duda, era una oportunidad para darle sentido a ciertas prédicas académico ideológicas que buscan irrumpir en conflictos sociales para capitalizar sus efectos. El surgimiento posible de una situación prerrevolucionaria sería el gran proyecto-deseo.

El mismo aprovechamiento surge de aquella voluntad de negocios que no puede dejar de ver una oportunidad en el post incendio, ya se trate de la especulación inmobiliaria o emprendimientos análogos. Los fanáticos del mercado no tienen pudor, como tampoco lo tienen los políticos, a pesar del autocontrol escénico de algunos. Por eso el delegado del gobierno decía entender la desconfianza de mucha gente en relación a la acción del gobierno.

El delegado presidencial, en un seminario organizado por Camila Vallejos en el parlamento, para discutir cómo enfrentar las consecuencias del incendio, abierto al público, repetía constantemente ese enunciado, como un mantra que imponía la sospecha.

“Entiendo la desconfianza”, dijo en varias ocasiones en que fue interpelado por algunos asistentes que dudaban del gobierno, porque se supone que éste va a terminar entregando a los privados el proceso de reconstrucción posible. Quizás, su propia designación constituye un desprecio al orden territorial o una desconfianza política radical. Y en este punto el lenguaje es un síntoma de esquizofrenia política, porque para el sentido común el Estado depende de los privados para actuar, éste ya no construye, el Estado ya no asiste directamente a los habitantes, está obligado por las leyes del mercado a beneficiar a los empresarios, ya se trate del retail, de las constructoras o de una consultora. Lo que antes hacían los funcionarios ministeriales o municipales, malamente, según el sentido común de derecha, hoy lo hace la eficacia de los privados.

El mismo lenguaje se vuelve catastrófico, porque la retórica oficial no puede ser certera o, más aún, está imposibilitada de hablar con la verdad pública, que está privatizada, y se ve obligada a aceptar el desprecio ciudadano y a hacer la voluntad empresarial. Un piquete de interpeladores dirigidos por una conocida dirigente social, tributaria de la izquierda culpógena que suele tribunalizar la escena asambleística, intentó conducir la discusión por esos derroteros. En el seminario hubo representación escénica de varios discursos que son los que tendrían que cuajar en algún momento para que surjan decisiones políticas difíciles de tomar. Por un lado el

discurso oficial, el proveniente del discurso académico universitario, el de los expertos (que no siempre coincide con el anterior que es más ideológico), el de dirigentes sociales, el político, etc. Quizás faltó un testimonio de una junta de vecinos directamente afectada por el incendio, lo que probablemente ya se haya hecho en otras instancias.

Nos imaginamos que este recurso, ya sea asambleístico o siguiendo el formato seminario puede ser efectivo, siempre y cuando no prime la patología política hegemonzadora. Todo esto a pesar de que es obvio que el discurso oficial sólo quiere ganar tiempo, no sólo para enfrentar el episodio posiblemente traumático del 21 de mayo, en que la presidenta habla a la nación, sino para imponer el registro de la alta política. Para otros ha llegado el momento de la planificación urbana y de pensar la ciudad desde donde siempre hubo de ser pensada, desde la razón urbanística. Lógica profesionalística y soberbia que ha tenido de aliado a la cultura y a las capas intelectuales.

Pero hay un detalle, no basta con compatibilizar los discursos o la práctica de tomar acuerdos, que puede ser una técnica dialógica y de voluntad de llegar a acuerdos. Valparaíso es una ciudad tributaria de la criminalidad política o, lo que es lo mismo, se da la primacía de ciertos poderes fácticos endémicos. Este modelo de lo público no reconoce ideología particular, y puede ir desde la influencia de la Armada, pasando

por organizaciones políticas de derecha y de izquierda, y que puede recalar en instituciones universitarias o de asociatividad dudosa. Una de las bases de este modelo que, dicho sea de paso, impide todo tipo de hacer o gestión planificadora, es lo que el jurista Antonio Pedrals denomina los Circuitos Extrainstitucionales del Poder (CEP) los que necesariamente impiden o imposibilitan la posibilidad de hablar con cierta verosimilitud de la ciudad.

La ficción o cierta metáfora indica que este tipo de paradigma político incendia, cada vez que considera necesario, la posibilidad de construir una ciudad moderna. La ficción crítica indica que todas las decisiones que se tomen sobre la ciudad dependen de las relaciones entre criminalidad y política o, mejor dicho, de la política considerada como un sistema de oblicuidades, compromisos y silencios, propios de las mafias delictuales, también conocidas como poderes fácticos. La municipalización del territorio y el funcionamiento del mercado político es uno de sus síntomas más característicos. Obviamente este no es un estudio y los datos duros y precisos están en algunas investigaciones periodísticas en curso.

El incendio a escala infraestructural

Marcela Soto*

El difícil comenzar a hablar de aquella ciudad que elegiste como lugar para vivir, trabajar e investigar, y que hace unas semanas una tarde de otoño se quemó. Creo que poca gente entiende la agresividad del incendio esa tarde, como tampoco la velocidad del viento y finalmente porque la temperatura subió a niveles demenciales, a pesar que lo hemos explicado y advertido más de alguna vez. Todos sentimos que nos quemamos esa tarde porque la bahía completa vivió el incendio, el humo, las cenizas y el infierno de ese día o los días que vinieron después. Nuestra ciudad no esconde cosas, todos nos miramos y somos mirados (lo que no siempre es fácil), compartimos una geografía de cerros (no importa el número) que se cierran alrededor de una pequeña franja de terreno plano, conformando una bahía que mira al mar y a nosotros mismo. Algunos como Roberto Ampuero la llaman ciudad honesta, otros ciudad de espacios simultáneos, se parece a Pestilensea de Italo Calvino, una *ciudad diferente*, donde avanzas y nos ves claro si estás ya en medio de ella o fuera. Si pregun-

* Arquitecto. Master Arquitectura y Cultura Urbana, Universidad Politécnica Cataluña. Académica de la Universidad Técnica Federico Santa María.

tas donde existe, sus habitantes darán respuestas según en qué cerro te sitúes o en que cota sobre el nivel del mar te encuentres o si vives en las quebradas o las cimas de los cerros. Una ciudad que en su interior puede tener estructuras muy rurales o espacios muy urbanos y jerarquizados. *La ciudad está aquí o bien más allá o en realidad todo alrededor* como Calvino dijera. Los límites si los buscamos a través de los textos son bastantes infinitos y disímiles, pero no importa de dónde seas, si formas parte de esta ciudad, tú también en algún sentido te quemaste.

Trataba de explicar días después a un periodista de Santiago que era una quebrada o un cerro, como se entrelazan entre sí y constituían unidades geográficas, repetía una y otra vez que los cerros eran como lenguas de diferentes tamaños; ancho, largo y altura que se adelantaban o atrasaban a la parte plana de la ciudad y ella insistía en no entender. Puede ser difícil deducir la geografía diversa para alguien que no ha vivido en una, más aún para habitantes que están acostumbrados a ciudades planas con estructuras de damero en la mayoría de sus calles, pero nunca debiera ser complicado entenderla para un planificador urbano que trabaja en una ciudad de complejidad topográfica como hay varias en Latinoamérica. Valparaíso como topografía compleja integra en un espacio relativamente acotado del territorio, múltiples y diversos elementos constituyentes: planicies, cerros, mesetas, quebradas, farellones, etc. (Jorge León 2012).

Rodrigo Pérez de Arce señalaba que la característica esencial de estos territorios es la discontinuidad y para llegar a ocuparlos, la ciudad debe recurrir a lo que llama “transacciones topográficas”, es decir, proponer una estructura de conexiones y múltiples recorridos alternativos para poder habitarla. Eso es nuestra ciudad, una diversidad de recorridos, escaleras, calles, sendas y trazos en el territorio que revelan ocupación, se disfrutan y se sufren a la vez. El cuerpo en pendiente siempre se resiste, tanto en la subida como en las bajadas, es *habitar lo oblicuo*, algo que Paul Virilio junto a Claude Parent proponían a la arquitectura y a las ciudades en los sesenta. Aquello que se desvía de la horizontal, la pendiente, y la transacción con ella implica un esfuerzo para subir y una velocidad para bajar; de esta manera el cuerpo no puede abstraerse del espacio y del paisaje sintiendo siempre los grados de inclinación.

Quisiera tomarme del concepto de “transacciones topográficas” para poder introducirles cuál a mi entender podría constituir la esperanza de un habitante de cerro, quebrada o ciudad y porque no decirlo, la esperanza de una planificadora urbana también. Esto en momentos donde una parte importante del territorio desapareció entre las cenizas, no quedando historia de sendas ni recorridos conquistados a través del tiempo. La oportunidad es plantear una *transacción pública*, es decir, proponer un sistema infraestructural público asociado a; redes de accesibilidad, caminos cortafuegos y

saneamiento de quebradas, que se transformen en una plataforma territorial que integre los *discontinuo en diversidad*, y que se construya con tal fuerza que sea capaz de inundar de bonanza a un puerto alicaído bajo la mirada de la regularización constante. Pensar y construir un cambio para la ciudad desde las partes más altas hasta llegar al mar. La expansión de nuestras ciudades y especialmente el crecimiento hacia los cerros de Valparaíso ha ido delante de los reglamentos, las autoridades, los planes y finalmente los equipamientos. Las pautas de crecimiento urbano está en manos de la informalidad y ello no sólo refiere a los modos de asentamiento sino además a las actividades asociadas para poder mantenerlos. No sólo el habitar es precario sino el territorio en el cuál se asienta, él es un reflejo de los problemas sociales y estructurales que debemos enfrentar.

La agresividad del incendio tuvo que ver con el aumento del viento y la temperatura en forma demencial esa tarde de otoño, pero nada sucede por casualidad, las quebradas debido a su conformación geográfica y diferencias de alturas, son verdaderas chimeneas capaces de acelerar el viento y aumentar las temperaturas del suelo y con ello pulverizar las construcciones precarias de sus laderas. Son corredores naturales en ruina como dice Luis Álvarez, verdaderos depósitos de todo aquello que la ciudad no quiere ver o no quiere planificar y no hablo sólo de sedimentos o basuras, sino también de actividades informales como la fabricación de carbón natural en

el invierno del 2007 que fue una de las causales del incendio del verano del 2008. Ese verano el camino cortafuego Tiro al Blanco estaba cortado y la circunvalación del Camino Cintura seguía inconclusa después de más de veinte años. Nada sucede por casualidad y mi invitación es a planificar a ser resilientes, levantarnos y aprender de nuestros errores, necesitamos una planificación pública, que construya junto al privado una ciudad que mire al mar sin temer a los riesgos porque hemos trabajado nuestras vulnerabilidades.

Dibujar lo invisible

Andrea Avendaño*

En la historia de América Latina existen episodios donde se evidencian intentos de borrar la memoria de los pueblos para instaurar nuevas ideologías. En el proceso conocido como “extirpación de idolatrías”, las nuevas autoridades coloniales instalaron iglesias, capillas o lugares de peregrinación católica sobre los espacios donde las culturas originarias celebraban ceremonias. Cantos, rezos, procesiones y bailes, se fueron sincretizando para “olvidar” antiguas adoraciones. Sin embargo, no se tuvo en cuenta que estos sincretismos serían el lugar de resistencias, de prácticas, que en el cambio de lengua y colores, permitirían la permanencia de saberes ancestrales. (Nunca se comienza desde cero, no es posible).

Después del incendio del 12 de abril en Valparaíso, me ha sido necesario, desde mi lugar como arte

* Arte Educadora por la School of Visual Arts, Nueva York. Magíster © en Historia del Arte Latinoamericano, Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad de San Martín, Argentina. Jefa de Carrera de Pedagogía en Artes Visuales de la Universidad Viña del Mar.

educadora, pensar en todos aquellos trayectos, lugares y saberes cotidianos que muchos niños y jóvenes recorrían desde y hacia sus escuelas. Hoy algunas de esas escuelas quedaron quemadas, otras parcialmente dañadas y se piensa en su reconstrucción. Por otro lado, la cotidianidad de estos niños y jóvenes que perdieron sus casas, ha quedado en condiciones muchos más dramáticas de las que probablemente ya tenían. No solo hemos asistido a un incendio, sino también a un “borramiento”.

Como arte educadora, otra vez, me pregunto cuál sería el apoyo más cierto que podríamos dar a estas comunidades tan vulnerables y precarizadas. Si los niños perdieron sus casas, sus lugares de juegos y espacios familiares, ¿cómo harán para reconstruir dichos recorridos? Se han implementado muchos talleres artísticos para un tipo de terapia artística de la comunidad. Sin embargo, mi preocupación va más allá de una solución inmediata (de contención). Creo que desde nuestra disciplina, aquellos que tenemos la responsabilidad de la “educación de la mirada” o de la creación artística dentro de las escuelas, tenemos que proponer algo más.

Ante una tragedia como la del 12 de abril, quienes nos dedicamos a trabajar con la “visualidad”, tenemos como encargo esta vez “visibilizar” todo aquello que se ha perdido, las circunstancias en donde ocurrió y el cotidiano que tenían las comunidades escolares con la que trabajamos. Es decir, es un buen

momento para dar voz a una comunidad de niños y jóvenes que viven en una ciudad “patrimonial” donde su concepto patrimonio es notoriamente distinto al propuesto desde la institucionalidad.

El hecho de “perderlo todo”, no significa necesariamente tener que comenzar desde cero para estos niños. Desde el dolor, y las carencias que siempre tuvieron, es importante hacer que la escuela sea un lugar de transformación, donde las manifestaciones culturales cumplan con los proyectos emancipatorios por el que, en muchos casos, el arte contemporáneo aboga. Debemos buscar “el invisible” que quedó después del incendio. Son las distintas miradas que se tienen sobre el mundo lo que queda, y con aquellas miradas debemos trabajar en conjunto.

Artistas contemporáneos y profesores debemos desarrollar un diálogo crítico con estos niños y jóvenes para la revisión honesta de lo que significa hoy la ciudad de Valparaíso.

Hace un par de años la artista contemporánea Claudia del Río, trajo desde Argentina sus pizarras del Club del Dibujo para compartir relatos visuales junto a nosotros y los niños del Cerro La Cruz. La artista dio protagonismo a los niños, quienes por medio de los dibujos que hacían en esas pizarras redondas, contaban sus historias, las dibujaban, las borraban y volvían a dibujar. Como si las pizarras les permitieran un ejercicio de desapego, los niños construían, borraban y volvían a

re construir lugares e historias, dándonos en cada dibujo pistas de sus mundos. Con esta tecnología tan noble y precaria, Claudia en silencio permitía que, al unir todas esas pizarras redondas, se formara un gran mapa del barrio de los niños del Cerro La Cruz. Ese mapa está ahora en fotografías, pero las calles verticales, los autos que vuelan de cerro a cerro, el almacén de la esquina e incluso la basura que tanto les entorpece la llegada a la escuela, siguen en los imaginarios de estos niños.

En un momento donde las imágenes del incendio del 12 de Abril están tan estereotipadas por los medios de comunicación, sería interesante traer a discusión esos dibujos de lo invisible que los niños y jóvenes llevan consigo, y ponerlos en contraste con estas imágenes impuestas para leer esta catástrofe y desde ahí discutir a partir de dónde iniciar la reconstrucción.

Todos los fuegos el fuego

Manuel Jofré*

Oda maldita al fuego

El fuego es energía que crea o destruye. Es un factor que transforma, positiva o negativamente. El fuego es enemigo del carbono y del oxígeno, los cuales consume. El ser humano (hecho de carbono y que vive en el oxígeno) controla el fuego pero el fuego se rebela contra los seres humanos.

La historia de la humanidad está escrita en la enciclopedia del fuego, que es más antigua y que data desde el big bang en adelante.

El aire es aliado del fuego, porque permite la combustión. El fuego es vertical porque se eleva pero avanza en todas direcciones. Es síntoma y enfermedad. Y revela nuestras debilidades.

Incendio en el puerto

Valparaíso ha sido asolada por el fuego. Las quebradas son chimeneas. Las casas modestas, de material combustible, han sido resecaadas por el sol

* Escritor. Doctor en Filosofía por la Universidad de Toronto. Académico de la Universidad de Viña del Mar y del Departamento de Literatura de la Universidad de Chile.

implacable de la sequía y del verano. Valparaíso es una ciudad no planificada. Todo se arma como el viento, como un castillo de naipes o un bosque de casitas listas para el incendio que siempre es pirómano.

El fuego es gratis y el agua es cara y Valparaíso es una ciudad sin agua. Los ciudadanos viven sin aceras y sin baños y sin alcantarillado pero con celulares smart y televisión satelital con el canal del fútbol. El agua es un negocio. Todo es un negocio. Hasta los doce mil damnificados.

Sólo los pobres pierden siempre. Las barracas ganarán dinero luego de los incendios y las comisiones investigadoras usarán palabras incendiarias para imputar responsabilidades. Los ladrillos resisten el fuego porque han sido quemados previamente pero Valparaíso no es una ciudad de ladrillos. Sólo la cárcel es de ladrillo. Hay informes que previeron el incendio de Valparaíso en el pasado pero esos papeles fueron quemados en el olvido de las autoridades que se desentienden y olvidaron la pira de papeles de sus escritorios.

Fuego, siento tus pasos de baile

La gente muere calcinada. Los titulares de los periódicos vienen en rojo. Los balones de gas explotan. Los explotadores suben los precios de las mercancías. Las mercancías se queman en los incendios. Los incendios son la pega de los bomberos impagos.

La norma ha sido la improvisación. Lo provisorio es lo permanente en Chile. Los pobres no han elegido vivir en los cerros desprotegidos. No tienen otro lugar donde hacerlo. La pobreza es enviada a la punta del cerro. El aparato del estado carece de autocrítica. Queda a la vista la segregación, el clasismo, la marginación y la discriminación.

Tenemos más aviones de guerra que aviones para emergencias. Increíblemente, toneladas de ropas y alimentos son sepultadas en los vertederos. La gift card entregada favorecerá a los empresarios. Crece el sentido de comunidad pero las instituciones se alejan de las personas, con su rol asistencial y paternalista.

Sin fuego, no son necesarios los bomberos. Los bomberos son voluntarios. En Valparaíso hubo casi veinte mil voluntarios. Alguien prohibió el trabajo de los voluntarios. Había un voluntario y medio por cada damnificado. Aún así, Valparaíso era más desolado y más devastado sin voluntarios. Los voluntarios nunca fueron suficientes.

Fuerza Valpo.

Ahora le pondrán más diputados a Valparaíso. Valparaíso ha sido nuevamente asediado. La guerra contra el fuego la perdió Valparaíso. Valparaíso era un infierno. Dantesco no es una palabra apropiada. Quince personas muertas no tienen adjetivos apropiados.

Los cerros quedaron vacíos. Ahora un incendio no tiene nada que devorar. Hay once cerros pelados. Doce mil personas viven sin casa. El fuego devoró dos mil quinientas casas. Cuarenta mil pares de zapatos se quemaron. Ardieron veinticinco mil calzoncillos. Se derretieron cinco mil peinetas. Capotaron diez mil cepillos de dientes. Nadie hará una capilla ardiente por los quince muertos.

Valparaíso no era un paraíso. Es una ciudad en escombros. Las retroexcavadoras de moda eran robadas. Las llamas devoraban la historia. Desaparecieron miles de metros de cableado eléctrico. Las cenizas guardaban brasas, las brasas conservaban chispas, las chispas se hicieron llamas, las llamas convirtieron nuevas casas en hogueras, las lágrimas de la gente no bastaban para humedecer la tierra, el sudor de los voluntarios no será suficiente para detener los nuevos incendios.

Todos los responsables tienen nombre propio y tenían sueldos millonarios y corazones ardientes para defender la ciudad arrasada. Valparaíso, ciudad de lomas donde se esparcieron cenizas de antiguos incendios. Sábado de ceniza, domingo de ceniza. Futuro ceniciento que nadie puede resolver.

Fuego, ¿patrimonio de la humanidad?

Valparaíso se hizo humo. Se ahumaron las esperanzas. Las personas caminaban como sonámbulos. La

gente usa ropa que no es la suya. Dicen que sobra ropa. Se quemaban las mangueras. Nada era suficiente. Faltaban albergues, faltaban lugares de acopio, faltaban botellas de agua, faltaban los sumarios, faltaban los bomberos. Sobraban las faltas de las personas.

Se incendiaron las películas pirateadas, se evaporó la sal, ardieron las puertas, chisporrotearon las mantequillas, se quemó el pan en el horno, puchas que somos quemados. Desaparecieron las vigas, se hicieron humo los veladores, se derritieron los clavos, se quemaron los santitos detrás de la puerta, se consumieron los cuadernos del año pasado, se quemaron las fotos de la familia, combustionaron las escrituras.

Los medios de comunicación profitan del desastre. Alguna gente se aprovecha. Los comerciantes profitan. Los políticos aprovechan. Las colchonerías profitan. Las ratas se aprovechan, las autoridades se aprovechan, los faranduleros profitan, raya para la resta, todos se aprovechan. Todos profitan.

Solo la solidaridad combate al fuego

La muchachada subía a ayudar a los cerros sin guantes. Los chicos subían cantando canciones de la Violeta a los cerros. Las muchachas ensuciaban su ropa haciendo cadenas para sacar los escombros. Llegaban los evangélicos a ayudar a sus hermanos. Llegaban ca-

miones con ayuda y se les prohibía subir donde eran necesitados.

El fuego fue una revelación. El incendio marcó a fuego la ciudad puerto. Mi corazón es el puerto de una ilusión. Las ilusiones fueron pasto de las llamas. Las llamas de noche eran visibles desde la luna. La luna es un satélite muerto. Los cerros de Valparaíso son como los parajes de la luna. El lado oscuro de la luna.

Dicen que en la humedad de la bruma de la mañana, espectro que cubre los cerros arrollados a sangre y fuego, refulgen los primeros brotes de las malezas cuyas raíces se conservaron algunos centímetros bajo la superficie. Dicen que los porteños caminan cabizbajos pero vuelven a construir con zinc ennegrecido y oxidado las paredes y techumbres de las mismas nuevas casas. Dicen que allí donde no hubo un grifo no hay aún ni la sombra de un nuevo grifo.

Sinfonía final

Valparaíso de siete espejos quemados, de molo trizado, de orines nocturnos, no cabe en nuestro corazón chamuscado, porque eres tremendo. Valparaíso quemado por cañones y dividido entre ricos y pobres, entre chalupas y cruceros, no cabe en nuestro corazón ahumado, porque eres sufrido. Valparaíso partido, no encuestado, sin senderos, sin parques, sin longanizas, no

cabes en nuestro corazón calcinado, porque eres potencia del azar.

La gran galaxia que llamamos Valparaíso vive en otro universo, paralelo al mundo que conocemos, sin incendios a la vuelta de la esquina, sin basurales, sin codicia y sin las fugaces autoridades, cuyos celulares no atienden llamados porque sus planes no incluyen las respuestas.

“Fuerza Valparaíso”:
Tragedias compartidas, Universidad y Ciudad.
Algunos comentarios de contexto

Raúl Allard*

Los incendios de los cerros Ramaditas, Cañas, La Cruz, Merced y otros han significado una tragedia devastadora, sin precedentes en muchos aspectos, particularmente en el de incendios que parten en zonas boscosas y arrasan miles de casas en el sector urbano, con una velocidad y fuerza abismante, que supera toda capacidad de defensa. Junto a ello surge en la propia ciudad y en Chile entero-y en el exterior-la expresión transversal de “Fuerza Valparaíso”, un grito a la acción que significa que la tragedia es simultánea con el esfuerzo de reconstrucción. Y un llamado a las universidades, que tienen particular presencia en la región.

Elementos a partir de la experiencia

Este libro sobre “Memorias de la Ceniza” nos invita a reflexionar sobre la tragedia y la reconstrucción, la que deberá ser física y la vez social: ¿Cómo se reconstruyen tejidos sociales cuando la devastación no deja nada, como sucede en diversas laderas, quebradas y poblaciones? Compartiendo el dolor y el esfuerzo con los

más de 11.000 damnificados, es algo que se ha visto, vecinos y estudiantes y sus organizaciones-que se comprometen a una actividad permanente-, CONAF, bomberos, Fuerzas Armadas que han desempeñado un rol especial ante la zona de catástrofe, Carabineros y fuerzas de seguridad, organizaciones sociales, universidades que asumen su compromiso social, trabajadores, profesionales y sus asociaciones, centros culturales que surgen con opinión, asociaciones empresariales y, naturalmente las autoridades de Gobierno y servicios de nivel nacional, y de Gobierno Regional, Gobernación y municipio. Escribo a fines de abril, la ayuda está en pleno curso, y no se trata de una evaluación ni tendría la capacidad para hacerlo, solo conjugar algunos elementos a la luz de la experiencia.

Pasado el estupor surge la crítica a la falta de prevención o a la forma de distribución de la ayuda, lo que siempre ocurre y en particular en una devastación de esta magnitud. Máxime cuando los días pasan, la ayuda llega en ropa, bonos, albergues, materiales, útiles escolares, despeje de quebradas y terrenos, pero las soluciones definitivas tienen, naturalmente, otro ritmo, particularmente en el ámbito habitacional. Soluciones que cada uno espera y que no siempre se pueden satisfacer del modo que se reclama. Y aparece la desesperación cuando se está sufriendo frío, falta de agua y servicios y sobre todo la tensión psicológica y la incertidumbre de recuperar lo que se tuvo y de lo que,

en tantos casos, no quedó nada. Mientras tanto, el Gobierno y otras instituciones aportan viviendas de emergencia, acicateados por la propia voluntad de los damnificados de permanecer y reconstruir.

Universidad y ciudad. Cadenas de jóvenes

¿De dónde emergen las fuerzas y las reservas, físicas, morales, sociales para enfrentar un desastre de esta magnitud? Primeramente, del esfuerzo endógeno de los propios habitantes y sus instituciones, los afectados y los no afectados. La Ciudad en el sentido que me respondió el poeta Godofredo Iommi durante la Reforma Universitaria cuando le pregunté por qué el Senado Académico debía funcionar en forma pública, abierto a todos: “Porque no es sólo de la Universidad -me contestó-, es el Senado Académico de la ciudad”. Universidad y entorno, actuando en conjunto y a la vez, la primera, como conciencia crítica. Así ocurrió durante la Reforma cuando, con el liderazgo de Arquitectura, los universitarios porteños detuvimos la vida elevada que iba a transformar el borde costero entre Valparaíso y Viña del Mar, debajo de la vía en un basural y se propuso una Avenida del Mar, un paseo a escala humana. La situación actual es de una enorme magnitud y evoca la misma épica: la cooperación de cerca de más de 20.000 jóvenes en la primera semana después del siniestro, y en forma organizada que incluyó capacitaciones

previas y trabajos conjuntos de profesores y alumnos. Las cadenas humanas de recolección de escombros fueron impresionantes. Naturalmente, se trata de una función de apoyo coordinado con autoridades y organizaciones sociales y en que colaboran estudiantes de diversas instituciones de educación superior y las universidades se integran armónicamente, como parte de su vocación académica, más allá de que siempre han tenido a la ciudad y región como entorno físico y objeto de investigaciones y tesis.

Arraigo territorial y planificación urbana

Es corriente escuchar a las autoridades-que han debido enfrentar situaciones más que complejas- qué en determinados casos no se podrá reconstruir en el mismo lugar por razones técnicas, de seguridad, de cursos de aguas. Es una realidad que es casi imposible de aceptar si no se tiene la certeza de una solución. Y en lo posible en el mismo barrio o sector. Porque también se espera la reconstrucción de la escuela y el Consultorio y el local vecinal. Y en muchos casos a la condición de vecino se suma la de trabajador por cuenta propia. Como compatibilizar arraigo territorial-prioritario desde el punto de vista humano y familiar - y habitabilidad sustentable. Y hay infinidad de problemas, naturalmente. En el invierno del 2001 siendo este autor Intendente Regional de Valparaíso se vino un aluvión de barro que terminó,

literalmente, en la Avenida Francia. El agua escurría por los conductos en la quebrada, pero las terrazas que los circundaban estaban llenas de toda clase de escombros y materiales, incluyendo viejos colchones y refrigeradores y el agua no fluía. La vía de solución va por supervisión y equipamiento, por cierto, pero también por más participación y más educación. En esos años promovimos ya un acercamiento sistemático con las universidades de la región y fueron determinantes, las cuatro tradicionales, la PUCV, UTFSM y las universidades de Valparaíso y de Playa Ancha y en la elaboración del Plan Regional de Desarrollo 2001-2005 coordinado por el SERPLAC y se llama la atención a las orientaciones básicas del ordenamiento territorial y orientar y regular la localización y las condiciones de uso, de urbanización, edificación y gestión de los asentamientos humanos y diversas actividades. Además, aplicar instrumentos a partir del PREMVAL que acaba de publicarse en el Diario Oficial. Se trata de envolver a los propios vecinos en las soluciones, empoderar sus organizaciones, lo que por lo demás, es proverbial de Valparaíso ciudad de pioneros en bomberos y muchos rubros y también en la organización vecinal. Y facilitar el diálogo con las autoridades de distintos niveles - y las coordinaciones que se han establecido- primando el entendimiento y el espíritu de servicio, realzar la solidaridad por sobre la desesperación y el antagonismo.

Sin duda que es un tema el de los loteos irregulares y la ambigüedad de que los pobladores logran algunos servicios y no otros, normalmente con la carencia de agua potable y alcantarillado. Empoderar a los servicios correspondientes sobre la base, naturalmente de algunos criterios racionales y entendibles.

Perfeccionar las leyes donde sea necesario y que no han permitido una planificación urbana seria con mayores atribuciones a nivel regional y municipal. Y preservar los conductos de agua, naturalmente, cortafuegos, accesos a bomberos, planos de riesgo en quebradas. Lo que ha sido propio de esta ciudad construida en cerros y que es parte de su ser. Con el mayor costo de construir en cerros, lo que sumado a su carácter único y Patrimonio de la Humanidad - en el perímetro aprobado - va a requerir siempre de un apoyo especial.

Universidad, saber, región y superación de la tragedia

Como ya se advierte, no hay alternativa a un esfuerzo de responsabilidades compartidas. En que las soluciones frente a emergencias como la actual surgen de la “fuerza de Valparaíso” reconocida y alentada por caravanas que llegaron de todo Chile. Y el aporte de las universidades e instituciones del saber es múltiple y también, por cierto-como se ha venido haciendo- de arquitectos, urbanistas, ingenieros en diversas

especialidades, constructores, trabajadores sociales, y disciplinas afines. Con múltiples canales de comunicación con autoridades que requieren y reciben ese apoyo. Así se pudo apreciar, por ejemplo, en el caso de la “emergencia psicológica” en que participaron universidades tradicionales y privadas con carreras de psicología, Colegio de Psicólogos y ONGs, con atención a albergados según los requerimientos de SEREMIS. Hay habido diversas modalidades y alternativas de encuentro y apoyo en ambos mundos, universidad y ciudad, con intervención del CER a nivel del Gobierno Regional, acciones a nivel del Foro Valparaíso, Consejo de Rectores de Valparaíso, los “arquitectos de barrio” , pero deben ser fuertemente reforzados y también orientados también para prevenir desastres naturales. Y con proyectos adecuados a la magnitud de las tareas en curso. De la fase inicial de centros de acopio y remoción de escombros a la de cargar viviendas en camiones en el parque Alejo Barrios y apoyar en la construcción. Con toda la gama de proyectos, desde fondos concursables a nivel interno de las propias universidades hasta, naturalmente, proyectos mayores adecuados a la magnitud de la tragedia en curso.

A la luz de la experiencia, estos y otros desafíos se abordan mejor con un reforzamiento del tejido dirigente regional-con instancias de discusión como las ha habido- y mayor convergencia de los mundos del Gobierno Regional con las universidades e instituciones del

saber, en lo que Valparaíso es centro de importancia nacional y latinoamericana.

Y aprovechar la entrega de los jóvenes, hombres y mujeres. que se desplazaron con sacrificio y eficiencia. Ellos y sus profesores, de todas las universidades y otras instituciones, pueden traducir el antiguo concepto reformista de “ciudad”, a las necesidades de una tragedia mayor en el siglo XXI. Por lo demás, la entrega y la generosidad de los jóvenes, por una parte y Valparaíso como foco especial de atención, por la otra, son elementos que se mantienen inalterables.

De las cenizas al ímpetu. Juventud en tiempo de emergencia

Carolina Andaur*

Mientras los cerros de Valparaíso ardían, comenzamos rápidamente a construir un catastro sobre nuestros jóvenes posiblemente afectados, en la medida que sus propios compañeros conocían los lugares y sectores, nos informaban ante la rapidez del fuego, quienes habían sido siniestrados y quienes podrían estar en calidad de serlo.

Tenía la certeza que este incendio, además de sepultar los bienes materiales de sus familias, los pondría nuevamente vulnerables puesto que el miedo, el terror, la amenaza y la vivencia de perderlo todo podía barrer los sueños e ilusiones de estos jóvenes en esos lugares donde habita el territorio simbólico, significado por cada uno de ellos, dueño de una memoria y un sentido de pertenencia que los convierte en comunidad juntos a familia, amigos y redes.

Tal vez parezca ideal esta lectura, pero era imposible pensar en individual y olvidar el sentido

* Profesora de Historia y Ciencias Sociales por la Universidad de Valparaíso. Maestra en Historia y Dr. © en la misma especialidad por El Colegio de México. Actualmente se desempeña como Directora General de Docencia de la Universidad Viña del Mar.

colectivo de la escena que nos acompaña hasta el día de hoy en medio de las quebradas y las cumbres de los cerros. A esta reflexión, se sumó la de una serie de jóvenes que a través de sus distintas organizaciones se presentaron en los lugares del hecho. Y he aquí mi esperanza.

Esa esperanza que a ratos parece perdida en cuanto a los cambios sociales que necesita un país tan desigual como este. Esa esperanza que revive cada cierto tiempo, cuando los jóvenes están permanentemente preguntándose y cuestionando su rol en la sociedad y cómo su capacidad de acción la orientan a hacer de esos cambios, un ejercicio permanente de transformación.

Es en este escenario, donde los vi en calidad de protagonistas. Con ganas de hacerlo todo y sumarse prontamente a las labores que vendrían una vez aplacadas las llamas. La preocupación por sus compañeros, sus familias, por los trabajadores, estaba ahí independiente de los lazos de parentesco.

Los jóvenes no tuvieron tiempo para hacer análisis sobre políticas sociales o planes de regulación de la ciudad. Fue el momento de poner su fuerza joven a disposición de otros, de esa periferia construida en los cerros por voluntad propia y no por un derecho social a la vivienda. Si bien es esto lo que queremos materializar en los planes de estudio de cada uno de ellos, cuando hablamos de manifiesto sobre la formación integral, es en este terreno donde la responsabilidad humana y social de cada uno de estos jóvenes quedó al descubierto y

más allá de los afanes formativos, apareció con ímpetu y a una velocidad conmovedora en el andar y en los afanes por reunirse a través de grupos de trabajo, donde la fuerza permitiese colaborar y ponerse a disposición de otros.

Mientras todos esperamos de alguna forma directrices de la autoridad central para proceder, los jóvenes tenían resuelto los mecanismos de intervención y de respuesta a lo que ocurría. No sólo era la emergencia y sus acciones inmediatas, sino en paralelo un análisis crítico de la realidad local, regional y nacional. Ese ejercicio crítico y ciudadano con el que permanentemente se compromete la educación en cada uno de sus niveles, con el fin de contribuir en la formación de estudiantes y futuros profesionales.

Sentí a ratos estar en presencia de una lucha simbólica entre jóvenes y adultos, cuando la coordinación entre actores no ocurría. Independiente de que los jóvenes tomaran las palas y chuzos, sus delantales para asistir en operativos de salud a humanos o animales entre tantas otras actividades, los observé pelear y cuestionarse los derechos de los afectados y no necesariamente la necesidad, mecanismo utilizado para sensibilizar a las masas.

Cada cierto tiempo el país parece conmoverse con este tipo de emergencias. La de este tipo obligó a desempolvar una serie de estudios, tesis e investigaciones asociadas a los aspectos geográficos y humanos del

territorio afectado; cuestionó el Estado y el estado de las políticas públicas y de desarrollo en estos ámbitos y de paso, el olvido en que tenemos nosotros mismos los límites imaginarios de la ciudad.

Tendremos un tiempo largo para reflexionar y hacer; para acompañar este proceso de recomposición de los lugares, las redes y de nosotros mismos. Todos. De responsabilidades compartidas y en cómo este doloroso incendio sea significado en la memoria para recordarnos permanentemente que la materia es etérea y que en el respeto y el valor de los otros se fundan los lazos de solidaridad y cooperación.

Nuestros jóvenes fueron retornando de a poco. Y aquí están, diciendo: ¡vamos de nuevo!

Después del humo correr el cerco

Ramón Latorre /

Carlos García *

¿Qué ves Walt Whitman?
Contemplo los buques de vela y de vapor del mundo...
Esperan en Liverpool, Glasgow, Dublin, Lisboa,
Nápoles, Hamburgo, Bremen.
¡Esperan en Valparaíso!

Cuando aún la ciudad continúa impregnada con olor a humo, y la sociedad ha volcado toda su humanidad para hacer frente a una tragedia como Valparaíso ha visto pocas veces, buscamos entre las cenizas una explicación de lo sucedido. Apelamos a la vez a la capacidad que tiene la ciudad de sobreponerse a los desastres una y otra vez. El fuego, sin embargo, no sólo dejó a una gran cantidad de porteños sin casa, sino también develó, de la manera más brutal, las flaquezas de nuestra ciudad, flaquezas que no hemos sabido revertir.

Valparaíso, desde el inicio de la república hasta mediados del siglo XX, fue la ciudad que lideró el desarrollo del país. Chile no puede entenderse sin el aporte en innovación, vinculación con el mundo y la generación de nuevas actividades económicas que le entregó

* Centro Interdisciplinario de Neurociencia de Valparaíso de la Universidad de Valparaíso.

esta ciudad. Un capital que le ha permitido a la ciudad ser tan única. Sin embargo, hoy esas características emigraron y debemos hacer que vuelvan. Esa es la oportunidad que nos entrega una catástrofe como la vida.

En efecto, el incendio nos mostró el rostro de la ciudad que como país muchas veces no vemos, o no queremos ver, a pesar de convivir con él diariamente. Una precariedad que es el resultado de una ciudad que se ha ido empobreciendo, perdiendo una vocación que debe recuperar. Ser un motor de la creación y la innovación es una cualidad porteña asociada a sus raíces fundacionales que se contradice con la pobreza de su pueblo.

Valparaíso ha tenido la capacidad de correr el cerco de lo posible con cada hazaña que llevaba a cabo, como la red de ascensores en los cerros, el molo de abrigo en el puerto, sus universidades. La ciudad puerto es como la conocemos porque era la puerta comercial y cultural hacia el mundo, lo que superaba con creces la actividad portuaria. Hoy podemos, como Valparaíso lo ha hecho muchas veces, hacer de una catástrofe, la construcción de un nuevo destino, apelando a la historia de la ciudad, de la mano con los desafíos del presente y pensando en el futuro.

¿Qué es ser puerto hoy? ¿Qué Valparaíso queremos construir en los cerros, y en el plan? Sin duda que nuestro principal capital es el arrojo de nuestros antepa-

sados. La capacidad que tiene Valparaíso de entregarle a Chile la posibilidad de soñar un país distinto. Artistas, emprendedores, investigadores pueden dar a la ciudad un espacio para que su desarrollo vaya más allá de la contingencia. ¿Hoy esos actores están? Claro que sí.

Soñar la ciudad es romper con sus propios paradigmas. Así nació y creció Valparaíso, hoy debemos ser fieles a ese principio. Esto es, correr la barrera de lo posible. Apelar a su valor histórico como factor de desarrollo, de manera que vuelvan a surgir de ellas los referentes para el país. Sin timideces, con arrojo, que Chile mire a Valparaíso para aprender de patrimonio, de arte, de cultura y de ciencia.

Sin complejos, que Valparaíso ya no sea la ciudad de la que se van sus habitantes, sino la que es capaz de concentrar centros de pensamiento, de creatividad y de investigación. Que Valparaíso no sólo sea puerto de exportación de materias primas, que exporte ideas, dentro y fuera del país. Ese es el puerto que nos hizo crecer, ese es el desafío que nos trae la última tragedia. Reconstruir las esperanzas de los porteños afectados por el incendio es también construir un futuro para la ciudad.

Miremos a nuestro patrimonio

El incendio nos perdonó esta vez, pero ¿lo hará la próxima? Dicen que así como hay una tormenta per-

fecta, este fue el incendio perfecto. Esta vez el fuego no tuvo miramientos, destruyó sin fijarse en clases sociales, fue, podríamos decir, un desastre muy democrático. Pero nuevamente los pobres son los más desamparados. ¿Qué hay que hacer para evitar tanto sufrimiento en el futuro?

Primera solución: erradiquemos la pobreza de nuestros cerros. Fácil decirlo, muy difícil implementarlo si no hay una decisión de verdad que venga del gobierno central. Y aquí entramos de lleno en el quid de los problemas que aquejan a este Valparaíso y a todo Chile: el centralismo. Nadie puede negar que a pesar de ser este puerto un patrimonio de la humanidad, sigue con los mismos problemas que tenía antes de adquirir tal categoría. Por lo menos ahora nos miran: ¡Qué colorida esta ciudad! Señor, la pobreza va por dentro de los azules y los rojos. Pregúntese si la pobreza en los cerros ha cambiado. Una mirada a vuelo de pájaro, si algo le dice, es que en los últimos años han llegado más pobres. Es probable que si estuviera en las manos de los que vivimos aquí, muy cerquita de los bocinazos de los barcos que llegan de las partes más lejanas del mundo, la solución de los problemas que aquejan a esta ciudad podría encontrarse, por la sencilla razón que los ciudadanos sentirían que el problema es de ellos y no de un Delegado Presidencial. Así lo sentimos, queremos a este desastre urbano, porque cuando recorremos sus calles que compiten con los volantines, no podemos más que

enamorarnos de sus recovecos, de sus escaleras y sobre todo de su gente que todos los días suben y bajan por ellas. Recorremos, el Puerto Viejo y no vemos en las ventanas rotas de sus edificios la pobreza que transparentan, vemos el pasado esplendoroso con los cientos de hoteles esperando a la señoras y señores que nos llegan de los rincones más remotos del planeta en barcos con nombres como Tigre de Primavera, Noche Veneciana y Sueño de Otoño. Y eso nos hace ver el futuro, porque cada una de esas residencias puede transformarse hasta recuperar el brillo que una vez tuvieron. Esa es nuestra riqueza y si estuviera en nuestras manos y no en la de cientos de burócratas que si se tiraran por una ventana se demorarían una semana en caer, podríamos ir recuperándola con la fuerza y la iniciativa de su pueblo. Es casi algo obvio, pero todavía parece ser que no lo tomamos realmente en serio, la riqueza de nuestro puerto está en su patrimonio. Una recuperación real de éste, es una solución a la pobreza de los cerros porque sin lugar a dudas atraerá a miles de personas a las que Valparaíso les suena como algo auténtico y original.

Arquímedes nos decía: Denme una palanca y moveré al mundo y eso es lo que le pedimos a nuestros gobiernos. Dénnos la libertad de progresar y no habrá más desastres y si los hay es porque la naturaleza es mucho más poderosa que nosotros, pero al menos podremos decir que dimos una batalla justa.

Postfacio

Hace ya diez años utilicé una cita del escritor argentino Juan José Saer para abrir una compilación de testimonios sobre el proceso de modernización del puerto de Valparaíso: “Del incendio más colosal no queda más verdad que la ceniza” (*El Entenado*). Así me representaba ese proceso luego de escuchar a trabajadores y dirigentes portuarios. Un incendio que devoró lugares, sindicatos, dirigentes, derechos sociales, etc. El presente desde el que exigíamos el testimonio: ceniza. Los testigos: sobrevivientes. Pero era posible otro incendio, igual de real que aquel, aunque más violento.

Pese a lo aparente, la cita es hoy inaplicable, in-actualizable. No iluminaría nada no visto, sería absolutamente “literal” y por ello inútil, no nos pondría nada acerca del acaecimiento de este incendio. Porque el incendio de Valparaíso es el final de otro proceso –sin duda conectado con el anterior. Comenzó a gestarse hace al menos treinta años. No hace falta alegoría, como acontecimiento brutal ilumina una porción de pasado, nos señala la hebra de una historia de abandono, la historia de esta última parte del “Chile contemporáneo”, la del Chile neoliberal, sin regulaciones, sin planificación, la de un Estado a-social, sin medidas de prevención, pero tampoco de auxilio. La historia de un pobre país que ante la catástrofe no tiene

más que echar mano a la beneficencia y a los militares (mecanismo y agente propios del período oligárquico que convencionalmente dábamos por finalizado con la constitución de 1925). Pero la historia, sabemos, no es lineal.

Desanima ver que el futuro de Valparaíso será repetición del pasado (el “fin de la historia” es lo propio del tercer y cuarto mundo): en el mismo lugar de los hechos, se corren a un lado las latas quemadas y se levanta una nueva casita. Ni el MIDEPLAN ni el MINVIU dicen nada digno de ser escuchado. Por otra parte resulta chocante ver como cierta sensibilidad ONG (que aprendió que su negocio consistía en que no hubiera Estado) celebra este acto de verdadera “soberanía popular”, este “repliegue identitario” o esta nueva “táctica” que se fragua en el vacío de una “estrategia” del poder. (Oportunistas y pueriles, no podemos ahora perder tiempo con ellos, que sigan practicando su jergonza, pero que no nos tomen por idiotas).

No se puede volver a construir donde mismo, al menos no de la misma manera. Pero no sólo de viviendas hablamos.

En el Prefacio de este libro se ha aludido a una ruptura entre Saber y Poder, entre ese saber producido por una masa crítica local y aquellos que estarían en el ámbito de la toma de decisiones. Y esa masa crítica seríamos, más o menos, nosotros los que escribimos aquí. Habríamos advertido sobre lo que podría pasar, pero no

se nos escuchó. El editor de este libro ha sido elegante para plantearlo: “tampoco hemos pensado por qué los forjadores de esta teoría local no construyeron las condiciones de su recepción”. Tenemos que centrarnos en este punto ahora, para que este libro, y sus textos cortos (que ha sido como los solicitó el editor), no sea otro libro más que desaparezca o vaya a parar al lado de uno de crónicas de Valparaíso en alguna feria libre.

Partamos por lo evidente: no somos los propietarios privilegiados de un saber crítico de Valparaíso. Sin afán populista puedo decir que muchas de las suspicacias que he tratado de elaborar en los últimos quince años vienen de conversaciones con algún dirigente portuario o barrial. Nada raro, pues suelen estar más politizados que cualquiera. (Una vez uno me dijo: “qué es eso de ‘que nadie nos tape la vista’, si de allá arriba del cerro los pobres siempre van a ver el mar”).

Sigamos por lo que da pudor: los que se sientan a escribir de estas cosas, los intelectuales, son finalmente “asalariados”, les paga otro, y no pocas veces les paga el propio Estado. Y el Estado lo administran los personajes de turno, que en países como el nuestro, pequeños y tan cortos de civilidad, son siempre parroquianos con los que pudimos habernos “atravezado” alguna vez (si no nos llevamos con ellos, entonces el Estado se nos cierra). Pero también hemos devenido sujetos precarios y “flexibilizados”, sin demasiadas condiciones de seguridad como para hacer “uso público de la razón”, el

fantasma de la cesantía está siempre allí, al lado del que escribe o habla en público. Tampoco el heroísmo es algo que podamos exigir (acostumbra a darse en cuotas muy moderadas de la humanidad)

El destino de los intelectuales (ese ciudadano que se implica pero también toma distancia “theorica”) en Chile suele debatirse entre estas tres alternativas: produce “teoría” para la institucionalidad, asume un radicalismo político directamente proporcional a la oscuridad (y esterilidad) del discurso que adopta, o trata de mantener un cierto rigor mínimo que le permita lanzar pequeñas dosis de crítica, tolerables a la vez que acumulables (me parece que esto tratamos de hacer quienes estamos reunidos en este volumen). Toda otra vía te condena a la desaparición (para bien y para mal según sea el caso). Algo de luz espero arrojar con esto respecto de la pregunta por la creación de las condiciones de recepción de la crítica local: es fundamentalmente inorgánica, fragmentaria y discontinua. Estos rasgos que pudieran despertar simpatía en algún desprevenido consumidor de teoría, en política es fatal. Porque en este punto ya hablamos de esto: cómo afectamos ese centro de toma de decisiones, aunque cada vez sea menos lo que allí se decida. Agruparse es un punto de partida elemental (exhibido aquí de manera vergonzante). La incapacidad para llevar adelante un diálogo sostenido con dirigentes de las organizaciones sociales en acción puede ser otra causa nada menor.

Debemos darnos ahora a la ardua tarea de construir esas condiciones de recepción, bastante más concretas de lo que suponemos.

Pablo Aravena
Perseo Ediciones

Perseo Ediciones... libros para matar a la Medusa.



Perseo debe decapitar a la bella Medusa
sin mirarla jamás a los ojos...

“Lo peor son los ojos.
Quien cruza la mirada con ellos
se transforma en piedra.
todo lo que constituye el ser vivo,
movilidad, flexibilidad, calor,
suavidad del cuerpo,
todo se convierte en piedra.
Lo que se enfrenta es algo más que la muerte,
es una metamorfosis en la que se pasa
del reino humano al reino mineral”.

Jean-Pierre Vernant

En Valparaíso, ciudad-puerto.
Junio 2014.